

LA ILUSTRACION SUD AMERICANA

REVISTA ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XI



BUENOS AIRES, MARZO 15 DE 1903



NÚM. 245



Excmo. Sr. D. JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS
DIRECCIÓN y ADMINISTRACIÓN :
Buenos Aires (Rep. Argentina) Cuyo 657
Casilla Correo N° 602
Unión Telefónica 949, Avenida

AGENCIAS PRINCIPALES
BRASIL: Río Janeiro y San Pablo. — URUGUAY: Montevideo. — PARAGUAY: Asunción. — CHILE: Santiago y Valparaíso. — PERÚ: Lima. — BOLIVIA: La Paz. — VENEZUELA: Caracas. — ECUADOR: Quito y Guayaquil. — COLOMBIA: Bogotá.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Buenos Aires. Año \$ 18.— semestre 9.— trimestre 5.—
Prvs. Argents. » » 20.— » 10.— » 5.50
Exterior..... » \$ oro 10.—

AÑO XI BUENOS AIRES, MARZO 15 DE 1903 N.º 245

CAUSERIE BONAERENSE

Lamente el arte con nosotros, que todavía entre los desequilibrados hombres *nouveau siècle*, surja de vez en cuando uno de esos espíritus ordenados, minuciosos y tan afectos a la pulcro y a lo correcto, que se pasan la vida cumpliendo la sagrada misión de «dar a cada uno lo que es suyo» y poner cada cosa... y hasta cada persona en su lugar. A estos respetables y para algunos temibles personajes, les llama nuestra Constitución política «interventores nacionales.»

Aquel bello y estudiado *desorden*, que el arte preconiza, se hace imposible con ellos. Como artistas, ¿quién lo duda?, estaban procediendo en La Plata los Sres. Ugarte y Rivas. Habían logrado tal desarreglo en todo, que la antes muerta ciudad, fundada por Dardo Rocha, cobrando animación insólita, más que capital sin habitantes, parecía taller de pintor afamado, lleno de discípulos retozones, bohemios brillantes, y hermosos modelos *pour le nu*. Nada de sillas colocadas en correcta formación alrededor de las paredes, y nada de sillerías completas «en juego igual» (como dicen los tapiceros). Las que no estaban por en medio, sirviendo de estorbo más que de asiento, y dando lugar a tropezones de todo el que entraba, estaban por el aire, porque consideradas como *puestos*, se las disputaban tirándose a la cabeza. Al lado de un bargueño del siglo XIII, veíase un *secrétaire* a la Pompadour, y junto a un maniquí vestido con el traje de *Incroyable*, regalo hecho a la provincia por el Partido Republicano, estaba un uniforme de soldado de la escolta del general Roca, y próximo, un vaciado en yeso de la mano derecha del doctor Pellegrini, hasta la muñeca inclusive. Colgaba del techo una espada acerca de la cual, grandes disputas sostenían los inteligentes, pues mientras no faltó anticuario rivista que la tuviese por la auténtica de Damocles, hubo hasta un coleccionista de estampillas de correos, filatélico distinguido, que la reputaba como la no menos famosa de Bernardo. Muebles rotos, cuadros a medio pintar, apuntes ligeros a la pluma, bocetos y manchas (al óleo y al aceite común) por todas partes. Polvo que no se quitaba nunca y telarañas que se llevaron por encomienda.

Se gritaba, se gesticulaba y se reía.

Hubo mientes como puños
y hubo puños como mientes.

El mate circuló de mano en mano, amargo para la oposición, para el gobierno dulce, ó sea *pueblera*, cuando así lo pedía, y la antes solitaria capital llegó a tener vida hasta para costearse dos veces ó tres a la semana una compañía de teatro del género grande (tamaño Alentorn), y de precios reducidos.

Llegó la diversión a tales extremos, que la memorable sesión del 4 de Febrero fué una especie de *cake-walk*, bailado por aprendices aventajados de esta novedad importada a nuestros salones, y cuando se llegó a la «hora verde» como llaman los artistas a la de tomar el ajenjo... todos los vasos estaban rotos y muchas cabezas como los vasos.

«En estas disputas», no diré como el fabulista que «vinieron los perros», puesto que en realidad de verdad quien llegó fué el Dr. Molina, el cual de perro no tiene más que los guantes llamados de piel del susodicho animal, el mejor amigo del hombre, y también conocida en el comercio con la denominación de «Piel de Suecia».

El Dr. Molina usa, en efecto, y hasta puede decirse que abusa de los guantes de esta clase... y de color de plomo. El Dr. Molina

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

tiene todas las condiciones requeridas para interventor, para arreglador de desórdenes y para buen componedor de lo descompuesto.

Predica con el ejemplo. Cuando se hace el lazo de la corbata, es éste, por la igualdad de las puntas, una desesperación de la geometría; sus pantalones no saben lo que son rodilleras, y sus levitas ignoran la existencia de las arrugas. La pechera de su camisa tiene brillos y resistencias de coraza, anda a la inglesa, sin donaire, pero con mucho compás, no come más que a sus horas y sobriamente, es uno de nuestros primeros bebedores de agua filtrada (sistema Pasteur), no se rie nunca, habla muy poco y hasta cuando tose acostumbra hacerlo con arreglo al diapason normal.

Sobreentendido queda que un hombre así, ha caído en La Plata, como cayó el leño en medio del estanque, donde alborotadas las ranas estaban pidiendo a Júpiter un rey.

Estaba el bochinche en su período álgido, y se produjo un gran silencio. Pudiéramos hablar en estilo bíblico y decir que fué parecida cosa a la que ocurrió en aquel tiempo en que era el Verbo, y el espíritu de Dios flotaba sobre el haz de las aguas.

Y Ugarte y Rivas le decían al espíritu «haz algo». El Dr. Molina, correcto, pulcro, atildado, *rasé de frais*, no sabía donde volver los ojos, ni donde poner los pies. Como que allí no había sitio libre. Libre de estorbos se entiende. El cuadro que se ofreció a sus ojos, no era un cuadro, era un rompe-cabezas.

Una cámara en que los diputados se permitían el lujo de la inasistencia, lo cual no obstaba para haberse dado cada grupo un Presidente, y en el recinto legislativo, tal confusión de gentes y cosas, que andaban revueltas las actas de las sesiones con las mochilas de la fuerza armada, los legisladores con los soldados, y los mismos taquígrafos con los cornetas de órdenes. Los que deberían estar en la capital de la provincia, incluso el Gobernador, estaban aquí, en el Jockey Club ó en el comité de la calle de Corrientes, y los que viven en la Capital Federal, salieron en cambio, en La Plata, a recibirle a la estación.

Era tarea impropia la del Dr. Molina, como la de poner puertas al campo. ¡Gracias que lo alambrara! Así no es de extrañar en hombre tan dado a minucias y escrúpulos, la parsimonia con que ha procedido.

A la hora en que escribo estas líneas, él no ha escrito más que un decreto, pero ocupa dos columnas y media de impresión, de los grandes diarios en letra del cuerpo 6. Se espera otro que nos ocupe el doble.

Por lo promulgado juzgan los amigos del Dr. Ugarte, que esta intervención viene a ser la ópera entera. Los opositores entienden que no ha de quedar así, y que esto no es más que una gran sinfonía.

Ello es que la política platense ha tenido el privilegio de entretener nuestros ocios, casi de manera exclusiva en esta quincena, haciéndonos menos larga la espera de los últimos rezagados de Mar del Plata y los pueblecillos donde en verano se vive en *villegiatura*.

Otro asunto, sin embargo, ha tenido indudable interés, sobre todo para cierta clase de visitantes domingueros con que cuentan los huéspedes del Jardín Zoológico.

Se ha tratado de la venta de animales cuyos ejemplares de una misma especie estuvieran repetidos. Se ha procedido con buen acuerdo, no pidiendo voz ni voto en esta cuestión al Dr. Albarracín. ¡Sabe Dios, (el dios de Esopo), en que términos hubiera escrito su informe el Presidente de la Protectora! Tal vez negando a los hombres el derecho de vender y tratar como esclavos, a los leones, reyes del desierto, al águila imperial, a los tigres también reales, y a los elefantes, que son animales sagrados. Nada de ventas. Si esas fieras fuesen electores, enhorabuena que se tratase de comprarles el voto. Pero hasta que llegue el día en que Albarracín consiga

para ellas los derechos políticos, ¿porqué han de comprarse? Porque se repiten, dice la Municipalidad. ¿Y acaso en la comisión no figuran también oradores que adolecen en sus discursos de este mismo defecto?

Por fortuna, el Dr. Holmberg, sabio con anchos ribetes de humorista, ha tomado en el asunto la intervención que le correspondía como director del Jardín Zoológico. En un informe tan curioso y de amena lectura, como todo cuanto escribe, declara que los únicos animales cuya venta en remate podría representar ventajas bajo el punto de vista pecuniario, son los zebús ó toros sagrados de la India.

De esta manera ha negado a la comisión consultiva, que solicitó de la intendencia aquella autorización... mercantil, lo que realmente pedía. *La parte del león*.

Y aun esos toros, acaso pueden salvarse, porque la forma que aconseja el Dr. Holmberg para proceder, es difícil de llevar a la práctica.

Y entra aquí el lado humorístico de su carácter. El director del Jardín Zoológico, informa que la carne de esos zebús es a la de los vacunos nuestros tan superior, hablando en sentido gastronómico, como lo es la del faisán a la de la gallina... pero entre nosotros, nadie la ha probado todavía. Por ello entiende que deberá esperarse a que refresque el tiempo y estén de regreso los hacendados, a los cuales debe la Intendencia invitar a un almuerzo ó pic-nic para que prueben ese toro sagrado, que es lógico suponer sea manjar de los dioses, después de lo cual, la venta en remate, tendría ofertas valiosas.

Opino como el Dr. Holmberg. Acaso se cubran los gastos de ese banquete y el toro muerto valore los vivos. Tal vez, exportemos zebús, andando el tiempo.

En último extremo, queda un recurso. Si tanto estorban los ejemplares repetidos, no sólo de los animales comibles, sino de los que sólo tolera el hambre de los cazadores, y no es fácil vender, adoptemos el temperamento del Dr. Albarracín.

Pónganse en libertad.

Y vayamos los demás mortales a esas jaulas vacías.

CALINEZ.

Los apóstatas del Amor

Posee el amor algo *inefable* que persiste como el misterio, que, si se disipa en una forma, reaparece en otra. El amor reviste un carácter sagrado y religioso. Es la religión del amor pródiga y opulenta en mitos; hay fanáticos é idólatras: los *fetichistas*, fariseos; los malthusianos ó *demi-vierges*, y apóstatas, *misóginos*.

La apostasia de la religión del amor aparece en los linderos, donde se confunden la superstición con la mentira, la impotencia con la virtud y el hastío con la abstinencia. Nadie, salvo el desequilibrado ó la persona a medias, se emancipa del atractivo del sexo que se hace plástico y vivo en la belleza de la mujer. El amor platónico, quijotesco, el que siente sólo el loco cervantino, ha de hacerse plástico al conjuro del sentimiento y de la realidad, porque en amor como dicen los Goncourts de la literatura: «no se conoce bien sino lo que se ha vivido y experimentado».

Misóginos, como llamaban los atenienses a los hombres que hacían gala de maldecir a las mujeres ó de huir de su presencia, los ha habido en todas las épocas y lo son en general cuantos aceptan la paradoja de Renán, que exalta la abstinencia como medio de aumentar la capacidad del cerebro.

Ya en su tiempo, San Pablo ponía como modelo la continencia. Si Miguel Angel se había desposado con el arte, Cavendish, de instinto sexual amortiguado, sentía antipatía invencible a las mujeres, y Flaubert, célibe, escribía a J. Sand: «Por rebelde que sea la musa, da menos disgustos que la mujer; no puedo armonizar las dos, es preciso elegir». El amor sin amor, agota la sensibilidad de Leopardi, que, después de enamorarse locamente a los dieciocho años y sufrir repetidos desvíos de su amada, se inclina a la misoginia. Chamfort, humorista del amor, con ingenio corrosivo y talento epigramático, decía de las mujeres: «Están destinadas a comu-

CHAMPAGNE "AYALA"

ÚNICOS INTRODUCTORES

PETERS HERMANOS

ALSINA 430 - Buenos Aires

nicar con nuestras debilidades y locuras; pero no con nuestra razón: si el hombre siguiera el dictamen del buen sentido no se casaría; por mi parte no lo haré ante el temor de engendrar un hijo que se me parezca».

Si Salomón dijo de las mujeres, que eran *más amargas que la muerte*, concluyendo por sacrificar en honor de ellas al mismo Dios de los hebreos, el misógino y misántropo Schopenhauer, con su habitual dualismo de pensamiento y vida, comenzó por disfrutar todas las dulzuras del amor, para decir de él luego, que es gran criminal, porque, conservando la vida, perpetúa el dolor, y de las mujeres que son *instrumenta doli* y de las tentaciones de la sensualidad, la secreta emboscada que nos tiende un mal genio.

Predica una misoginia, semejante á la que enseñara el *diablo harto de carne*. Más sinceros y más convencidos de que la vida es

la melancolía ó en influencias de la educación, siempre resulta que la continencia, como medio para aumentar la capacidad intelectual, es contraproducente, pues el misógino declina en el *adulterio ideológico* de las *Almas solitarias*, de Hauptmann, castidad más terrible que la lujuria.

Como existe un pesimismo *d'élite*, el de intelectuales y comprensivos, nuevos románticos que dan color gris á su pensamiento, al modo que los que les precedieron, palidez á sus mejillas, también abunda una *misoginia aristocrática* (solteros por talentados), que pretenden que lo normal corta las alas al pensamiento.

Desde luego el vigor intelectual halla su más vivo estímulo en el culto á la belleza, y su tónico más eficaz en el amor de la mujer, que colabora, con la fecundidad que le es propia, á toda obra á la cual se asocia. Con-

familia, las mujeres que se enamoraban del talento eran las libres, las cortesanas y las hetairas, pronto el talento conquistó más ricas presas. El beso que Margarita de Escocia dió, según se refiere, en los labios, al sabio Chartier, mientras éste dormía, simboliza muchas admiraciones mudas y no pocos sentimientos concentrados y desconocidos.

La Beatriz del Dante y la Laura de Petrarca, son ejemplos que se repiten sin cesar.

La princesa palatina Isabel, enamorada de Descartes; la generala de Villars, entusiasta de Voltaire; madame Necker que se prenda de Bouffon, varias, comenzando por la institutriz de Rousseau, Federica Brion, Bettina y otras de Goethe, lectoras y enfermeras de Humboldt rinden culto á la religión del amor y á la de la verdad.

Los sentimientos que las unen con los hombres superiores, á quienes consagran cuanto

VISTAS SUD-AMERICANAS



CHILE.—CERRO DE LA CÁRCEL, EN VALPARAISO

un mal incurable, tienden á destruirla, mutilándose los *skoptzi*. Mujeres partidarias de la misma secta se han consagrado á la virginidad perpetua, sufriendo con alegría operaciones cruentas para matar las tentaciones de la carne. Tolstói sólo acepta el amor *asexual* y declara inmoral todo comercio con la mujer, lo mismo el matrimonio que las uniones libres.

En realidad, el misógino ve malogrado su intento, porque la naturaleza se burla de mil maneras de aquel que la ultraja. Vencido por el amor, el misógino, al sentirlo renacer, sin medio de hacerlo plástico (pues muchos son castos por necesidad), lo asocia con la idea de la muerte.

Múltiples como son las causas de la misoginia, ya procedan de la inteligencia, ya del corazón, bien dimanen de desequilibrios por excesos contra la naturaleza, ora se busque su entronque en predisposiciones orgánicas á

tradicen la paradoja de Renán los numerosos casos de vínculos apasionados y tiernos de las mujeres con autores célebres, grandes poetas y hombres de estudio. El amor es fuente de toda vida y manantial inagotable de experiencia; quien á él se niega y no lo cultiva sino de modo anormal, aunque vaya para intelectual y comprensivo, comienza por prescindir de muchos y muy valiosos medios de información. No permanece sorda la mujer (aun en el estado inferior de su cultura), á los empeños elevados que le sugiere el hombre, pues si no llega á concebirlos reflexivamente, con el interés desinteresado de la verdad, logra entreverlos por amor y por pasión, poniendo en ellos razones del corazón que la inteligencia ignora. No es verdad, contra el humorismo, que la mujer prefiere siempre la belleza plástica y física á la intelectual y moral, Febo á Cuasimodo.

Si antes, efecto de la organización de la

la mujer posee, han sido avivados por el soplo del amor, acompañados de una reflexión ligeramente melancólica y muy tierna.

En consorcio de talento con talento, la mujer, asociada á una grande obra, ve más exactamente, aunque el hombre vea más lejos.

¡Ellos y ellas! Litigio sin término *sub judice est* y *sub judice* seguirá. La sentencia no ha de darla ninguna de las partes, porque nadie es buen juez en causa propia.

Sin ceder su derecho, el hombre, contra toda misoginia, recordará á Lucrecia y á Mesalina. Entre extremos tan distanciados, la hembra con la cual rasgó por primera vez el velo del misterio, y la santa á quien debe su existencia, la madre única mujer que no engaña, su juicio será: «La mujer es lo mejor y lo peor del mundo». Que sea siempre lo primero y jamás lo segundo: tal es y debe ser el ideal.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN MONTEVIDEO (R. O.)

Por diez votos más que los necesarios, es á saber, por cincuenta y cinco votos, ha sido elegido y proclamado para la primera y más alta investidura en la República vecina, el señor José Batlle y Ordóñez, con cuyo retrato viene hoy ilustrada la primera página de nuestra revista.

También fué Presidente y dejó tradición honrosa en el gobierno, su padre el General Lorenzo Batlle, uno de los valientes defensores de Montevideo contra Rozas; mas no por virtud hereditaria, sino por méritos propios, ha llegado el hijo á ocupar el elevado cargo, si bien para el éxito y el triunfo, le han servido las herencias de pundonor, rectitud y energía, tales en él, que justifican el dicho popular de «bien haya el que á los suyos se parece».

La medalla de plata acuñada para conmemorar la elección del Sr. Batlle y Ordóñez, con buen



EL CLUB URUGUAYO EL DÍA DE LA ELECCIÓN

acuerdo, al par del busto del nuevo gobernante, graba en el noble metal estas palabras de no menor nobleza, que son declaración y síntesis de su programa presidencial:

«En mi gobierno no tendrán participación todos los elementos intelectuales del país, sin distinción de opiniones políticas, pues mi única aspiración es el progreso y la prosperidad de la patria».

Y es preciso creer que son reflejo de opinión y sentimientos arraigados, sinceros y propios en quien como el nuevo Presidente, cuanto es y cuanto significa y vale, á la intelectualidad en que tanto ha brillado únicamente se lo debe.

Dando, pues, á los elementos que la representan en el país, sitio de honor á su derecha, y haciéndolos copartícipes de su gobierno, no hará el señor Batlle y Ordóñez hoy otra



EL PALACIO LEGISLATIVO EN EL MOMENTO DE LA LLEGADA DEL PRESIDENTE



EL REGIMIENTO DE ARTILLERÍA FRENTE AL PALACIO LEGISLATIVO

cosa que pagar en la Presidencia las deudas de gratitud con ellos contraídas cuando era redactor de *La Razón*, y en la dirección de *El Día*, en los tiempos de su propaganda de combate a los gobiernos de Latorre y Santos, cuyo militarismo era opuesto a sus convicciones de hombre civil amante de energías manifestadas en otra forma.

Cuando en 1889 empezó a agitarse la cuestión presidencial, Batlle decididamente se enroló entre los partidarios del doctor Julio Herrera y Obes, y fué su más importante factor en el periodismo. *El Día*, reaparecido en su segunda época con este propósito, alcanzó una circulación considerable y adquirió autoridad entre los diarios de la capital uruguaya. Verdad que después la política seguida por el doctor Herrera y Obes no pudo satisfacer a Batlle, como no satisfizo a la inmensa mayoría del país; pero no por eso volvió contra él la formidable arma de su diario, y hubo de resignarse, silencioso y desencantado, a las consecuencias de su error.

Desde aquella época hasta hoy, Batlle ha sido diputado, senador, presidente de aquel alto cuerpo, presidente interino de la República, senador y presidente del senado por segunda vez, hasta escalar la meta que señala la mayor altura a que puede aspirar un ciudadano.

El Dr. Campisteguy, en unos datos biográficos que sobre el señor Batlle ha hecho circular en Montevideo, dice, ocupándose de esto mismo:

«Para Batlle, todo hombre lleva consigo el germen de la regeneración; por eso muchos de sus adversarios en el ejercicio inmoderado de la autoridad, al descender a la llanura, cultivaron su amistad, rindiendo tributo al ciudadano que fué intransigente con ciertos hechos, pero que jamás rehusó transigir con los hombres en aras del país. Esa conjunción de cualidades tan antagónicas se opera en la personalidad de Batlle sin resistencias ni artificios, merced a la bondad ingénita de su carácter, que lo hace inaccesible a los impulsos irreflexivos del odio o del rencor; tan raros ejemplares de acción y recogimiento, de moderación y energía, son de una utilidad inapreciable a nuestras democracias embrionarias, predispuestas fatalmente a vivir entre las angustias del despotismo y las exageraciones enfermas de la demagogia.»

Mucho se espera, y no faltan asimismo temerosos de los actos e iniciativas con que ha de manifestarse como gobernante el Presidente electo. Se consulta su pasado, para establecer cálculos que presientan el porvenir. La impaciencia quiere anticipar juicios que siempre son otros tantos errores, porque a nuestro entender, esa primera magistratura con que acaba de investirse, hará del señor Batlle y Ordóñez un «hombre nuevo» con modalidades y con carácter dis-

tintos de los que se le conocían como predominantes hasta ayer mismo.

Influyen en la personalidad, no sólo las dominadoras fuerzas del medio ambiente, sino las de la categoría y autoridad logradas, que llegan a nosotros con su cortejo de graves responsabilidades para todas nuestras iniciativas. Fórmase una segunda naturaleza y se procede entonces de modo distinto.

Así, estamos seguros de ello, el señor Batlle y Ordóñez, antiguo y brioso soldado en la revolución del Quebracho, paladín vehementísimo del periodismo un tanto declamatorio, preciso a los partidos de oposición, se ha movido hasta ahora con una libertad, de que como Presidente de la República actualmente carece, porque se la merman las medidas con que tiene que proceder en tan elevado puesto.

Su designación, por de pronto, ha sido causa bastante para mover la opinión de los partidos políticos en la República Oriental, siendo de alta significación, de una parte, la concentración a que aspira el partido colorado, echando al olvido desuniones y desavenencias que lo quebrantaron durante la presidencia del señor Cuestas, y de otra parte, la disidencia ocurrida en el nacionalista, pues mientras en vísperas de la elección presidencial, una convención de éste declaraba expulsados de la colectividad a partidarios tan valiosos como Acevedo Díaz, Lauro V. Rodríguez, Anaya y Romeu, censuraba la conducta de otros no menos importantes, y declaraba haber incurrido en graves incorrecciones perso-

nalidades de tanta respetabilidad como el doctor Martín Aguirre y los señores Rodolfo Velloso y Solano A. Riestra; en contraposición a estos acuerdos el directorio del mismo partido, posteriormente a la elección, dió un manifiesto adhiriéndose a la legalidad, prestando su acatamiento al nuevo gobierno constituido y aceptando la situación creada, al par que ofrecía al Presidente de la República el apoyo de esta comunidad política, siempre que en el gobierno cumpliera el programa con que se había presentado su candidatura.

Las circunstancias en que sus partidarios debieron gestionar su elección, colocaron al candidato en el caso de presentar su programa, haciendo declaraciones categóricas y solemnes, muchas veces repetidas, que está obligado a cumplir ante sus electores y ante el país entero, que ha dado a su palabra la fe que se presta a la de los hombres sinceros y bien intencionados.

Tal es el nuevo Presidente de la República Oriental del Uruguay.



LLEGADA DEL SR. BATLLE AL CONGRESO NACIONAL



LA POLICÍA DESPEJANDO LA PLAZA INDEPENDENCIA

Don Mariano Palomo y Vigueras

MARQUÉS DE CAYARA

Oro viejo del tiempo de los doblones

No arrasaron, no, las corrientes revolucionarias, ni arrancaron de cuajo en estas tierras de Indias, brotadas cual floreciente insula en medio del Océano, como comarcas independientes de las coronas del viejo mundo y como feraz suelo para el arraigo y cultivo de la libertad; no arrasaron, digo, dichas olas, ni arrancaron aquellos vientos de cuajo las costumbres nobiliarias, los títulos, las genealogías, los abolengos que existieron con arraigo de años y de siglos y perduraron aún mucho después de la caída de Cisneros en la inmensa zona sud-americana constituyente del virreynato de Buenos Aires.

No arrancaron nada. ¡Qué habían de arrancar! Los pueblos, cuanto más viejos, más pegados a sus hábitos y sus costumbres y sus respetos tradicionales. ¿Cómo hacer ellos, lo que nunca hicieron sus abuelos? ¡No faltaría más!...

Así, pues, se conservaron hasta bien entrada la República, y aún ya cuajadas varias cartas magnas labradas sobre bases de igualdad que, no pudiendo levantar a la plebe hasta el nivel de la gente, bajaban a la gente hasta el vasto plano en que la plebe, haciendo de los derechos un lio, realiza «agora mismo» todos los absurdos del gobierno popular representativo.

He conocido todavía en plena comarca enclavada entre los límites de la Argentina y de Bolivia, al excelentísimo señor Marqués de Yabí, Conde de Tojo y señor de Casavindo y Cochino. Sus vástagos no llevan ya el título, y la gran vinculación está tan desvinculada de suyo, que el mayorazgo ha resultado hecho jirones de tierra democrática, hijuela de diversos terratenientes.

Nos, los republicanos de Sud-América, nos batimos valerosamente, quiero decir, se batieron nuestros abuelos durante quince años por destruir, arrasar, desarraigar a la nobleza de título, reemplazar el cetro de los reyes con la vara de la igualdad, quitándonos de encima la corona para ponernos el gorro hasta la nuca y... descansar tan frescos sobre nuestros laureles. Nada hemos levantado, en cambio, que yo sepa. Busco otra clase cualquiera de nobleza y no la encuentro. ¿Será que la democracia no admite ningún género de nobleza?

No parece cierto, observando lo que pasa en el Norte, al otro lado del istmo, en ese gran monstruo que ya proyecta enorme sombra en el cielo que cobija el mundo. Cayeron los marqueses, los duques, los condes, los señores y se alzaron los reyes. En la democracia por excelencia República de los Estados Unidos de América hay más reyes que en toda la Europa monárquica constitucional y absoluta. Me río yo del Zar y del Kaiser contemplando a Pierpont Morgan, y me río, otro sí, de los ejércitos y las escuadras de mar y río, delante de los *truts* que caminan hacia la conquista pacífica del Orbe cristiano, gentil y disidente, sin soltar un tiro, ni gastar un grano de pólvora con humo, ni sin humo.

Cayó allá la nobleza de origen y de sangre; pero se alzó otra nobleza. No fué sólo destruir; fué también edificar. La loba fué la figura heráldica de Roma; el cerdo será la gran figura heráldica en el escudo de la moderna nobleza yanqui. La raza porcina marcha hacia el dominio del mundo. Los jamones, el tocino, los embutidos, el tasajo, la manteca, tienen admirables predisposiciones para convertirse en rieles, en barcos, en máquinas, en productos de minas, de cosechas, de artefactos y, por ende, en millones, muchos millones, fabulosos millones: aristocracia del poder supremo universal!

Nosotros, en cambio, hemos quedado definitivamente sin nobleza, ni clases sociales. No habrá ya alta sociedad de origen; pero hay innumerables sociedades con estandartes, edificios y charanga propios, y no me refiero a las de caridad y beneficencia que, a esas bendígalas Dios y ayudémoslas todos con buena voluntad.

No tendremos aristocracia, pero tampoco tenemos pueblo. ¿Conoce alguno de ustedes al pueblo en Buenos Aires? El gran patriado criollo se transforma y desfilia. En cambio, los más humildes inmigrantes al cabo de pocos días toman aire de patrones y dueños, cogen grandísimo desplante y se vuelven audaces, insolentes, iguales al Presidente de la República, al arzobispo, a las más altas dignidades del Estado, a lo más distinguido de la vieja sociedad porteña.

Pero cortando el hilo de las digresiones, no extrañas al asunto, tomaré el de mi cuento, ó mejor diré, el de la pintura de mi tipo, último rezago colonial y último carácter vaciado en el molde de los Hernani y los Rodrigo de Vivar.

**

«Ática sal viviente en piedra pómez», llámole en unos versos un poeta de aficiones bíblicas, muy amigo de Moisés, de los Faraones y de las plagas de Egipto, llamado Don Mariano Salas autor de «Las siete vacas flacas y las siete espigas gordas» que no ha pasado a la historia.

Lo de pómez referíase al rostro sembrado de lentejuelas en bajo relieve impreso por la peste tres veces cruel, que obligaba a repetir al señor de Palomo y Vigueras, lo mismo que de sí propio decía Olmedo, el cantor de Junín, el amigo de Bolívar: «Muchas y muy menudas — cacarañitas tengo — que nunca le faltaron — sus estrellas al cielo».

Palomo era con todo graciosamente simpático. Feo insinuante, rostro de buen corte animado por ojos hermosos, vivaces, risueños, chispeantes; boca correcta con labios como ponen los autores en los aristocráticos tipos de la rama real austriaca; esbelto y de talla más que mediana, tenía cierta majestad en su persona y cierta distinción en sus acciones y movimientos. Limpio, reluciente aunque un tanto cuanto arcaico en su vestido, abusaba de los dijes y de las joyas y perfumaba su ropa y su pañuelo y la petaca, con benjuí almendrado y ámbar de susino, lo que le daba cierta reminiscencia monjil de locutorio, cierto sabor a obispo joven, bien tenido por las ovejuelas de buena casa y mejor ver.

Y que tenía sal ática y sutilísimo ingenio, lo demuestra su memoria gratamente conservada con sus imprints, sus salidas, sus chistes en la más amena de las charlas. Hoy que todo lo decimos en extranjero para mejor inteligencia, le llamarian el gran *causer*, un *causer* parisién, un *gomeuse* con *chic*. Perdón Jupiter Tonante tan melifluido amaneramiento en la *haut* del período.

Su más próximo antepasado, penúltimo Marqués de Cayara, había sufrido estrecha prisión por salvar a diez realistas refugiados en su casa y admirablemente escondidos por él, contra las persecuciones de muerte de los patriotas potosinos bajo Castelli y Balcarce. «Antes ateneado y hecho cuartos, que faltar a la hospitalidad que Dios me ha impuesto», había dicho, arrastrando sus grillos con la energía de las grandes almas. Los patriotas, que en el fondo estimaban al Marqués, ajeno a los movimientos revolucionarios y realistas de que era fecundo escenario la villa imperial de Potosí, creyeron darle el último golpe ordenándole la entrega de 10.000 pesos ó la de sus refugiados en el término de dos horas. El Marqués dió a los judíos las más preciadas joyas de familia y entregó los 10.000 pesos. Más tarde Belgrano tuvo para él las más altas distinciones y respetos.

**

Pues Don Mariano Palomo y Vigueras se decía heredero de tan nobles prendas y lo era, en efecto, hasta el idilio. Quiso ser, y lo fué, Marqués por sus cuatro costados, y tan pródigo de su hacienda, que siempre andaba en empeños cuando no empuñado, ó como decía Don Modesto de La Fuente: «Siempre sin una amarilla — como siempre también sin una blanca».

Era un Don Juan en lo enamorado y un Amadís en la castidad de sus afectos. Bajaba para la Belisaida de sus inspiraciones, la fruta de sus arboledas, arrojando pesos fuertes a guisa de peladillas para regalo de los paletos destripadores del huerto. Era preboste de la sacratísima congregación del Rosario é infaltable alférez conductor del guión en las procesiones. Para casos tales llevaba pendiente del cuello con cadena de oro la cruz de Carlos III; en el brazo la encomienda de Santiago y en los dedos los anillos blasonados con luciente línea de diamantes.

Y no chocaba el anacronismo en plena República, tal es el poder de una tradición de siglos en vecindarios que poco estiman la soberanía popular y prefieren la paternal protección de la gente hidalga. Lo que decía el Archipreste: «Huélgome con el pan de mi sennor y engordó», etc.

Cayara era lo único que aún le quedaba del inmenso marquesado a donde pertenecía todo un pueblo, el de Santa Lucía, pintoresco, rezago incásico con sus cultivos en tablones simétricos florecientes, con su red de arroyuelos y sus chozas pajizas y sus huertos de perales, ciruelos y manzanos y sus olivientes apriscos.

Cayara era una residencia casi feudal, con grandes patios, galerías, salones, capilla, jardines, caballerizas, establos.

El dichoso Marqués, gran admirador de los clásicos del siglo de oro, poeta el mismo y célibe, decíasele enredado en clandestinos amores con las nueve hermanas, las Musas, solteronas histéricas, hurañas a veces y en veces coquetas de gusto deplorable, pues que amaron a Homero ciego, a Píndaro cojo, a Esopo chato, a Tirteo deforme, a Alarcón jiboso, a Quevedo patizambo y para no citar más, a Palomo que ofrecía en su

rostro agraciado, un plano de ferrocarriles, canales y archipiélagos dignos de la más adelantada cartografía.

Desde el gran portal atalayado de gordos postes y coronado por un blasón de grifos, yalcones en cuarteles separados por salomónicas columnas, veíase el sello poético del dueño. En el primer arco de la entrada, y bajo el ángel de la hospitalidad con los brazos abiertos, leíase este distico:

«Bajo este techo la nobleza anida,
Y al reposo y al bien, dulce convida».

Las amplias angulares columnas de las galerías estaban llenas de sonetos de Lope, de coplas de Garcilaso y Meléndez, de melodías hebraicas, de versículos bíblicos. Sobre la lujosa mampara de labrado cuero de Córdoba que cerraba su despacho, su templo, tenía este fragmento de Arriaza:

«Suave sería al labio de mi musa
Modular solitaria sus congojas,
Al son del agua y silbo de las hojas,
De selva y río en variedad confusa».

Los muros en el gran corredor que encuadraba el patio de homenaje, vestido de trepadoras madre-selvas, tenían pintadas, y no mal, las escenas del «Mágico prodigioso», de la «Verdad sospechosa», del «Alcalde de Zalamea», del «Paraiso terrenal», del «Barbero de Sevilla» y de «Gil Blas de Santillana».

**

Pobre ya, se acogió a una ley añeja. Nacido capitán conforme a regalias de familia, alcanzó fácilmente a entrar en el ejército, bajo el gobierno del General Córdoba, con el grado de sargento mayor y el mando de una compañía de granaderos. ¿Sería un refugio a la pobreza? No tal, quiso simplemente lucir en hoja de Toledo, una esquisita obra de arte, una empuñadura cincelada y recamada de piedras preciosas, recuerdo y joya que todos los marqueses tuvieron en mucho.

Y cumplido militar, como fué ingenioso poeta, gran conversador, galante caballero y excéntrico personaje.

Alcanzóle la muerte cuando ese agudísimo cerebro estaba ya entre sombras, trastornado, vacilante, y aunque pobrísimo de bienes, murió Marqués, siempre Marqués, disponiendo grandes fiestas, prodigando mercedes y repitiendo las admirables coplas de su poeta favorito, del gallardísimo vate que no perece, en fin, de Jorge Manrique.

BROCHA GORDA.

Material de una novela

... nuestra hermosa bohemia.

—No, contesté, no tiene nada de hermosa y sólo sirve para documentación humana, como decía Zola. ¿Qué hermosura puede encontrarse en la ropa manchada y grasienta, en las caras famélicas, en las inteligencias depravadas y en la moral pervertida? Nuestra bohemia no desciende de aquella amable juventud de Murger, perfumada de dicha en sus días más grises. Es producto autóctono, como la *indíada*.

En verdad, aquí no caben ilusiones. No tenemos Mimis ni Musetas, esos pajaritos parisienses que cantaron en las altas boardillas del Quartier Latin. La miseria, en nosotros, está desprovista de poesía: es sucia y delictuosa. El bohemio, verdadero zingaro antiguo, fronterizo de la Hampa vergonzante, se codea con el lunfardo ó masculina ideas de lujo, a falta de otro alimento, en sus solitarias amarguras.

De vez en cuando se forma un cenáculo de estudiantes en cualquier cuchitril y brotan fecundos los malos poetas, los Rodolfo caricaturados. El sablazo, el *pecho*, adquiere tintes nauseabundos. Y una que otra calaverada pálida recuerda la alegría del amable azota-calles de París, pleórico de ensueños y picardías.

En cambio, el bohemio argentino ofrece curiosos aspectos, afectando a la vez múltiples modalidades. Hace pocos días murió uno de los más talentosos y desarrapados, un Creso de ideas que enriquecía a sus compañeros mientras él yacía sumido en angustiosa pobreza. Su espíritu emprendedor, siempre a la caza de negocios, estaba en perpetua actividad. Recuerdo que hace un año le presenté a un pomposo veterinario, y acto continuo le explotó un tráfico soberbio de no sé qué connubio entre los doctores de animales y los curtidores, como si su única preocupación fuera iniciar una empresa de esa índole. Supe más tarde, por el mismo albeitar, que el asunto le resultó sumamente productivo. Eso me recordó, con un granito de tristeza, la explotación de las minas de Cerdeña, sueño de Balzac que hizo la fortuna de un mercader sin escrúpulos.



REGATAS EN EL TIGRE (R. A.)

Así era siempre. Ideaba *reclames* maravillosos, pero su maldita pereza le impedía aprovecharlos, mientras sus amigos utilizaban sus magníficas combinaciones.

Poco hace, el misero bohemio emprendió su último viaje, casi solito. Le acompañaron un viejo camarada y su adorable mujercita, una de esas frágiles niñas saturadas de emoción que parecen destacarse en las páginas de Dickens. Fué el bohemio aislado, sin parrandas, sin regocijos, sin voluntad, acurrucado miserablemente en sus aureos ensueños.

El más común y característico es el que linda con el delincuente. Borda la ley á fuerza de ingenio; se complica en las estafas y *chantages*; inventa tretas de Gil Blas y se acerca, tal vez por misterioso atavismo, á los truhanes de la España picaresca, develada por los Quevedo y los Mateo Alemán. Casi ninguno es ilustrado: su medio ambiente, el lunfardismo, le veda la instrucción. Y cuando por excepcional manera ha adquirido conocimientos científicos ó literarios los utiliza para dedicarse al foro en la benemérita y muy celebrada corporación de las *aves negras*.

Existe también el bohemio católico. Conoci un caso, el de Ludovico Doello (*). Tenía una inteligencia muy desarrollada y era un voraz lector de libros metafísicos. Sin embargo, fracasaron todas sus tentativas para surgir en la lucha por la vida. Entonces se tiró á muerto, ingresando al misticismo. Alguien decía que su religiosidad era un *truc* de cuaresma á fin de disfrazar sus perennes ayunos. Pero, en realidad, sus creencias parecían sólidas.

Perteneciente á un cenáculo de bohemios llamado la Siringa, en la que se celebraban con ritos esotéricos los oficios más abracadabrantes, se retiró en un acceso de catolicismo, denunciando la asociación á la Curia Metropolitana, con toda buena fe. Es raro que no prosperase, pero como su rectitud un poco rígida, á lo Amadis de Gaula, le impedía transigir con las mangas anchas en cuestiones de conciencia, nunca encontró el sendero para arribar. De entre los numerosos ejemplares bohemios, era Doello el más noble y el más activo, no obstante la mise-

(*) Se comprende que los nombres son imaginarios, á pesar de que existen los originales de los retratos.



LAS CARRERAS Á NADO

ria fatal que le perseguía. Nazarín, su Virgilio, le guiaba á través de la vida.

El cuentero, el *blagueur*, ofrece asimismo rasgos distintivos que podría aprovechar un novelista de pupilas profundas. ¡Hay tanta materia prima! Porque lo curioso es que al lado de una cualidad aguda, el tipo conserva rasgos encantadores de candor. Diríase un ser enfermo ó degenerado, preso de neurosis extrañas que desequilibran una naturaleza apta para el triunfo. Recuerdo un cuentero, Félix Lima, travieso joven que por pura broma se casó á los 17 años. Dos días antes de su matrimonio lo habían expulsado de la pocilga en que moraba, y sólo pudo ofrecer á su esposa, como techo de bodas, la gran comba celeste, el ideal nido de los poetas románticos.

Un músico mejicano, Oxeda, cruzó durante una larga época, con resplandores singulares, por el mundo sombrío de la bohemia bonaerense. Odiaba el amor proclamándose asexual; odiaba la bohemia, mientras bogaba en un mar de hambre y de quimeras. Y vivió siempre pobre, sin adquirir siquiera un empleo en Impuestos Internos—repartición cuya gefatura ansiaba—y fué padre de numerosa prole, él, el mistificador de la anafrodisia.

Y otros, y otros, en su mayor parte seres destestables, semi-estafadores, semi-virtuosos, que

desfilan por la memoria simulando gestos extraños, amargos, atroces.

Raro es el bohemio artista. El género importado de Europa, languidece en nuestro medio social y termina por confundirse con los ebrios consuetudinarios ó la infeliz carne de presidio. Gorki, ese poderoso analista de las almas grandes, envilecidas por la morbosidad de sus ideales, se desconcertaría ante nuestro mundo liliputiano, diluido en una atmósfera de delito vulgar.

No obstante, los tipos individualmente examinados presentan ancho campo á la mirada del novelador. Un Galdós argentino esculpiría páginas admirables, tallando en el bloque informe de la bohemia bonaerense. Pero debe ser la verdadera, la vivida, no la de reflejo ni la de snobismo. Para eso basta suprimir la poesía dulzona de sabor á remolacha, peculiar á los amorcillos con grisetas que no existen, y trabajar en carne viva.

Árese en el terreno de la verdad; húndase en el suelo virgen la reja poderosa que descubre el humus nutritivo del arte.

ANTONIO MONTEAVARO.

Regatas en el Tigre

Este hermoso y viril espectáculo cada vez adquiere mayor auge entre nosotros, y contribuye á que tal suceda, el pintoresco lugar preferido para celebrarlas.

Las últimas que en el Tigre se realizaron y de las cuales nuestros fotógrafos han conseguido las bellas reproducciones que publicamos en esta página, fueron, si cabe, más brillantes y animadas que cuantas se recuerdan.

La hermosa temperatura de que venimos disfrutando en estas proximidades del otoño, en que á veces amanece el día regalándonos como primicia la frescura propia de aquella estación, fué parte á lograr el éxito de estas regatas, y los vistosos trajes de nuestras elegantes, daban nota de alegría y de color, destacando sobre el fondo verde del paisaje.

Huelgan los detalles y aun fuera atrevimiento de la pluma intentar describir lo indescriptible. Encárguese, pues, el fotógrafo de hacer la gráfica reseña, y sea autora la luz para que la lectura se reemplace con el encanto de los ojos.



EN EL MOMENTO DE LAS REGATAS

AMOR VIDENTE

*Tout grand amour ne veut pas
l'amour: il veut davantage.*
NIETZSCHE.

Los repentinos estragos de la enfermedad habían convertido el viaje de novios en infructuosa peregrinación por los más afamados sanatorios europeos.

A su regreso a Buenos Aires, Julia, la joven desposada dos años atrás con tanta pompa en la Iglesia de La Merced, presentaba ya en su rostro de veinte años ese velo trágico de palidez marfilina, tan peculiar al último período de la tisis.

No fué, pues, con ánimo ilusivo, sino con la tristeza del desastre irremediable, como ocuparon por primera vez su casita de novios en Buenos Aires.

El buen Enrique parecía hipnotizado por alguna mirada remota y sombría. No atinaba a reanudar sus trabajos de abogado, ni siquiera a intervenir en el manejo de su casa.

Sus amigos le encontraban culto y correcto como siempre, pero a menudo descubrían en él

El enfermo necesita con esa compulsa de antiguas emociones, compensar el trozo de existencia que va a perder, reviviendo lo vivido. Otros quizá desean, cuando ya van acostumbrando sus pupilas a la armonía invisible de ultratumba, reparar los desequilibrios que sus actos produjeron en el mundo espiritual.

Ya reducida por completo a su alcoba, Julia, poseída de esa fiebre de recordación que pone sobre el pasado fulgores como de paisaje boreal, se complacía en recordar con sus amigas de infancia y de colegio que la visitaban a menudo, los episodios de su vida.

La mayor parte estaban solteras todavía. Sus reuniones en torno al lecho de Julia eran siempre un cuadro vivo de espiritualidad y de blancura. Diríase un grupo de mariposas blancas aleteando sobre el caliz de una rosa té tronchada. Sus emociones pasaban del dolor a la alegría, con la misma prodigiosa rapidez que sus manos blancas desgranaban del marfil del piano las escalas musicales.

Si la tos estampaba de repente una amapola de escarlata sobre el pañuelo de la enferma, las sonrisas de sus amiguitas naufragaban en llanto:

antes del matrimonio de Julia, Isabel había sido el primer amor de Enrique.

Julia, como la amiga más íntima, y por relaciones de familia más allegada a Enrique, había sido siempre la confidente intermediaria en esos amores.

Como el padre de Isabel, por tradiciones de rencor político, no gustaba de Enrique, éste se retrajo en su orgullo de pretendiente por tiempo indefinido.

Y pues que los jóvenes enamorados no tenían ocasión de encontrarse en los salones, Julia siguió siendo la mensajera de sus ternuras.

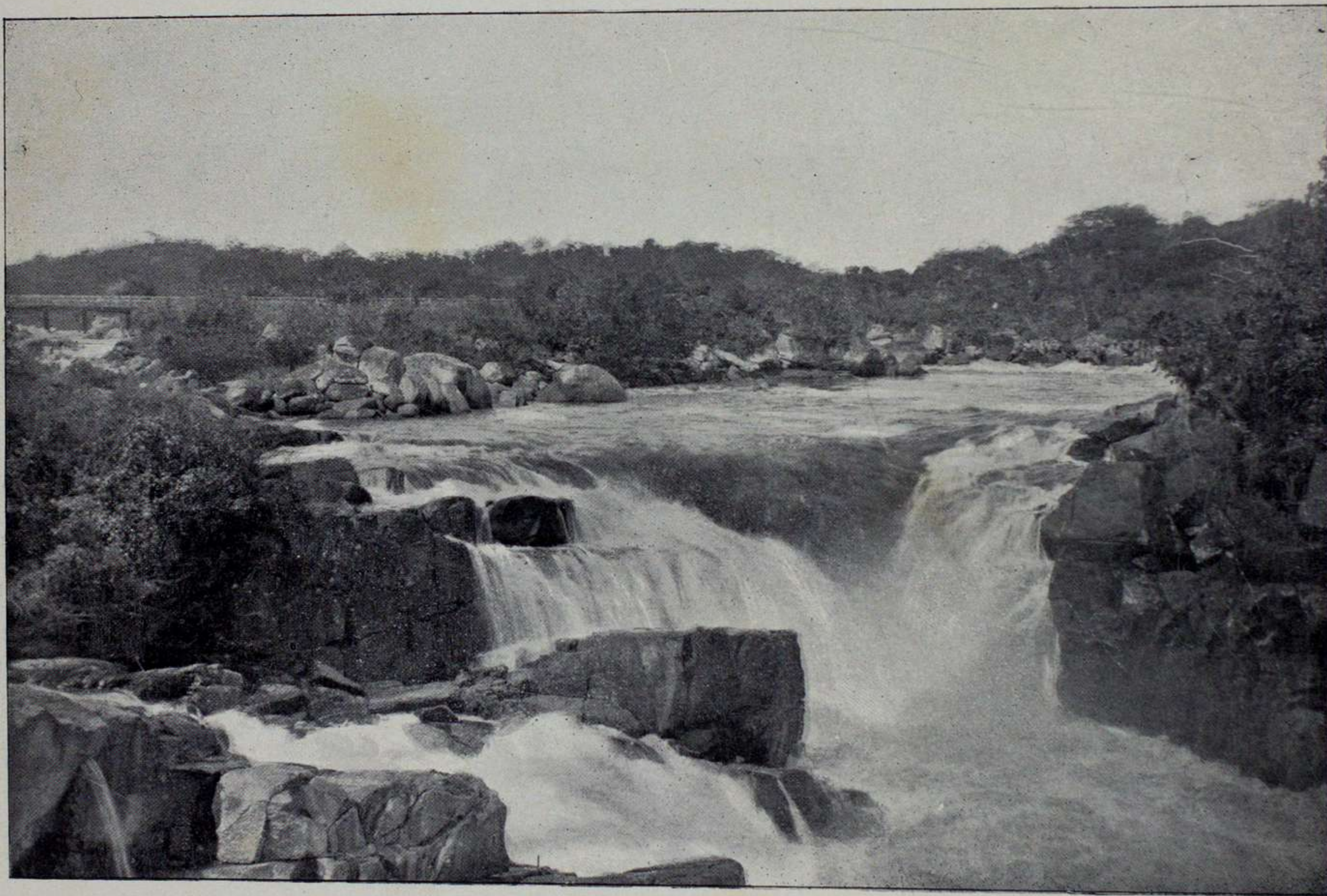
El amor así contrariado tiene desbordes de caprichosa sensibilidad.

El alma impresionable de Julia siguió recibiendo diariamente la queja melancólica del cuitado Enrique, y por fenómeno muy frecuente en la ternura femenina, se enamoró de su amigo con incontenible intensidad.

En la lucha de pasiones, el amor siempre ha vencido a los demás sentimientos.

Enrique le había abierto en sus horas de tristeza su pecho fulgurante de pasión sin esperanzas, y ella se había ofuscado ante tanta brillantez.

BELLEZAS DEL BRASIL



SALTO DE ITÚ, EN SAN PABLO

reverberaciones fugaces de una tormenta muy honda.

Retorcíase febrilmente la seda ensortijada de su bigote negro, y sin que de su rostro desapareciera su habitual sonrisa de bondad, pasaba horas enteras mirando con pupilas dilatadas de niño asombrado cualquier punto brillante, con la expresión enigmática de quien admira un paisaje fabuloso al través de un lente diminuto.

En el temblor involuntario de sus labios, y en ciertos estupores repentinos ante lo familiar, se adivinaba al espíritu torturado y ausente.

Todos sus amigos, hasta los más joviales, respetaban esa solemnidad espiritual, y se sentían embargados por algo a modo de compasión mística ante esa sonrisa severa de la resignación viril. Pero donde la hidalguía raizal de su carácter floreció con más delicadeza, fué en el trato con Julia.

Eso era natural: el dolor sobre ciertas sensibilidades, como el martillo sobre metales nobles, no desgasta, sino pulimenta.

Aunque ella era más joven, él la trataba con respetuosa timidez, quizá dominado por el prestigio de autoridad sagrada que ejerce todo moribundo.

Uno de los achaques precursores de la muerte, es la tendencia a rememorar la vida ya gozada.

pero no tardaban en evaporarse esas lágrimas al sol dorado de un recuerdo, ó brillaba en ellas el iris trémulo de alguna evocación feliz de la niñez.

Enrique se complacía en alentar esas reuniones, como que eran para el incendio trágico de su esposa un perfumado sedativo de frescura. Todos los frascos de oxígeno que diariamente llevaban de la farmacia vecina, nada eran para la respiración de ese espíritu, comparados con la atmósfera de juventud y lozanía que tales visitas difundían.

Con toda la vehemencia de un capricho de niña enferma, Julia había logrado reconciliarse con Isabel, la más íntima y antigua de sus compañeras de infancia y de salón.

Algo muy grave y triste las había separado por algún tiempo. Desde niña, hasta pocos meses

La fascinación ante ese cofre de *golcondas* se cretos era inevitable.

Más difícil fué a ella afrontar la deslealtad con su amiga, que a él salvar la línea misteriosa de la amistad al amor pasivo y apacible que Julia le iba inspirando.

¿Qué, sino amor latente é inconfesado, existe en el fondo de esas amistades entre jóvenes de distinto sexo?

El orgulloso despecho de Enrique hacia el padre de Isabel, amargado por una lucha política, acabó de arreglar el nuevo compromiso.

Para no prolongar una época de comentarios sociales, poco favorables a Julia, acortaron plazos, celebraron el matrimonio y se embarcaron para Europa.

A pesar de la delicada oposición de Enrique para que su esposa reanudara relaciones con Isabel cuando regresaron a Buenos Aires, triunfó el piadoso capricho de la enferma.

Además, Isabel había perdido ya a su padre, única persona de su familia que nunca gustó de Enrique.

Siempre que Julia se veía acometida por alguna crisis peligrosa, aprovechaba las treguas de la asfixia para hacer llamar a Isabel; y cuando ésta llegaba angustiada a la orilla del lecho, su amiguita le tendía al cuello sus brazos de jazmín

VINOS Y LICORES
CALVET & C^{IA}
CALLE CUYO 826-34
BUENOS-AIRES

florecidos en encajes, como blanca plegaria de perdón.

La caballerosidad de Enrique había encontrado en esas relaciones una ocasión más de brillar en toda su nobleza: trataba a Isabel con dulzura fraternal, pero velando siempre el pasado con una discreción ceremoniosa y gentil.

Cuando estaban los tres a solas, Julia, con la libertad que le daba su situación de delirante iluminada, abordaba consideraciones acerca del amor y la amistad, pero sin mencionar el drama que palpitaba entre ellos.

Era prodigiosa la serena altura con que discurría entonces. Se hubiera creído escuchar una meditación del solitario Maeterlink. No es rara esa clarividencia en los febricitantes.

Una tarde, la crisis se presentó con síntomas siniestros.

Con los ojos abiertos como sobre maravillosa lejanía, radiantes de delirio, humedecidos en llanto, la enferma invitó compasivamente a Isabel y Enrique para que se acercasen más al lecho.

Recostada en grandes almohadones, sobre cuya batista presagiaba algo infausto el luto de sus cabellos desgredados, llevó el dedo índice a sus labios como para escuchar los toques de una

es!.... Como una estrella que no quema, sino que larga dentro de mí una brisita muy suave, un soplo de frescura que me produce en todo el pecho cosquilleos de alegría. ¿Me entienden? Fíjense que mi cuerpo está ya convertido en un aire muy tenue y extenso, que al recibir la luz de esa estrellita sonríe con una finura interminable....

Y en realidad, nunca como en ese momento vieron a la enferma sonreír con más pureza; que el brillo de la fiebre en sus pupilas, parecía en efecto el reflejo vivo de una incandescencia estelar....

—En fin.... quiero que ustedes sepan que yo he muerto desde hace algunos días.... y que....

Un brusco movimiento de Enrique al levantarse para servirle el remedio del delirio, interrumpió la frase de la enferma. Pero ésta hizo un gesto negativo y continuó:

—Y.... que.... si les hablo de esta manera, es porque así tengo que hablar en la región de vida que ahora ocupo. Allí se piensa y se siente de un modo muy distinto. Allí la vida no puede existir sin la verdad, y por eso yo necesito que ustedes me obedezcan, porque sólo así podré yo incorporar-me a la armonía espiritual.

bién Dios sabe que si yo me interpuso en sus amores, fué porque me enamoré de Enrique con vehemencia incontenible, y me propuse remediar su melancolía, aún sin el amor tuyo, Isabel. Entonces yo ignoraba este misterio de armonía que ahora me ilumina, y creí que la voluntad de una persona podría más que estas leyes del destino, hoy tan claras para mí....

Para disimular su turbación, Enrique acariciaba a Julia, en ademán de invitarla a que calmase un desvarío febril. Esta debió comprenderlo así, porque le dijo con solemne severidad:

—Es necesario, Enrique, que el disimulo con que tu caballerosidad ha encubierto hasta hoy tu pasión por Isabel, no intente velar por más tiempo la verdad de nuestro drama. Tú mismo has llegado a engañarte. Cuando más creías amarme, yo bien sentía que amabas en mí a Isabel. A pesar de nuestro matrimonio y de tu lealtad, yo seguí siendo la intermediaria en sus amores. ¡Y seguiré siéndolo! Porque al morir, los habré unido para siempre, y ustedes continuarán amándose en su felicidad. Yo, por mi parte, seguiré viviendo en pleno amor. ¿No es verdad? Sólo así podrán ustedes salvarme de morir del todo en esta muerte....

BELLEZAS DEL BRASIL



CASCADA DE VASSOURAS

campana misteriosa, cerró un instante los párpados para viajar con el pensamiento, luego colocó una mano sobre su frente acalorada, y lentamente, solemnemente, les dijo:

—Hoy me creo ya muy lejos de la vida.... lo bastante para que hablemos la verdad....

Durante esa corta pausa, Enrique e Isabel se miraron con asombro, como hacían siempre que Julia deliraba.

Esta continuó:

—Antes de seguir yo hablando, necesito que ustedes me prometan no interrumpirme, y que juren obedecerme. Lo que voy a pedirles es el cumplimiento de mi última voluntad. En ello va la orden de una moribunda, el ruego de una esposa y la súplica de una amiga. ¿Juran obedecerme?

—Te lo prometemos, Julia—dijeron casi al tiempo Enrique e Isabel, creyendo que se trataba de uno de los tantos caprichos de la enferma.

—No crean que deliro, prosiguió; nunca como ahora, he sentido una armonía más perfecta entre mi pensamiento y mi palabra. Tampoco se imaginen que sufro con lo que voy a decirles. ¡No! Al contrario: gozo inmensamente.... ¿Cómo les explicaré?... Es un placer nuevo y lleno de luz. Me siento iluminada interiormente por la verdad plena. La veo dentro de mí como una lamparita.... ¡no!... como una estrella.... ¡Eso

—Si te hemos prometido obedecerte—exclamó Isabel, acariciando entre las suyas una de las manos de la enferma.

—¡Bien!—continuó ésta.—Entonces es preciso que ustedes dos sigan amándose y que se unan para siempre cuando yo haya sido sepultada....

Al oír estas palabras, Enrique se inclinó sobresaltado hacia la cabecera de Julia, como oponiéndose a que proferiera una blasfemia.

Uno de esos gestos imperativos que tienen los enfermos lo dejó como extático, y Julia continuó:

—Esto no es romanticismo de enferma. Es una noción sencilla de equidad. Es la raíz pura del amor verdadero, tan adulterada y confundida por las literaturas. Día llegará en que la humanidad recobre la sencillez de la justicia con que hoy les hablo. Entonces el egoísmo será algo parecido a lo que hoy siento. Para ser feliz habrá que hacer felices a los demás. Yo sé que ustedes nunca han dejado de amarse, pero tam-

Al oír estas palabras, Enrique había levantado sus miradas de la alfombra, para ponerlas tímidamente en los ojos de Isabel, como consultándole el repentino problema que se les planteaba.

Pero Julia, con esa videncia peculiar a los moribundos, acudió en auxilio de su consternada amiga diciéndola:

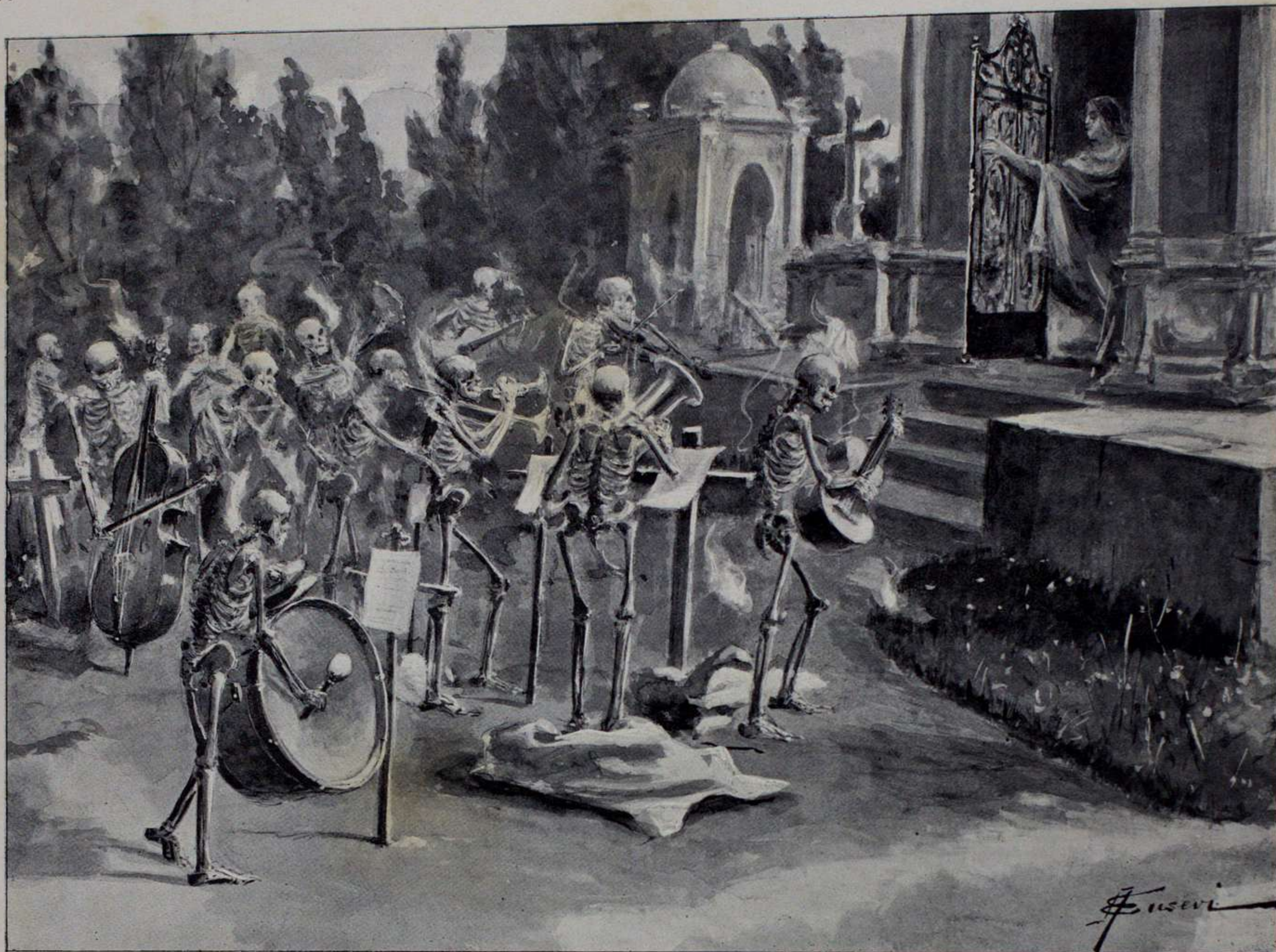
—Y a ti, Isabel, te entrego a Enrique, tan noble y bueno como lo amaste desde la infancia. El sería capaz de todo sacrificio por respetar ante las convenciones sociales mi memoria, pero eso sería para mí una tortura suprema. A ti corresponde darle valor para arrostrar las críticas que le hagan. Tú quedas dueña exclusiva de mi hogar. Todo lo que hay en él te pertenece. Aménse mucho en mi recuerdo, que yo seguiré como su intermediaria en espíritu y en....

El acceso de asfixia que tronchó esa frase, fué el último de tan desastrosa enfermedad.

Al poco rato, Enrique e Isabel palidecían de espanto ante los ojos hieráticos de Julia, ante esas gemas de misterio, que los miraban desde la eternidad con una sonrisa de finura interminable!....

EDUARDO TALERO.

L. ADHÉMAR
ARTICULOS PARA BAÑO
SUIPACHA Y CANGALLO



LA SERENATA

(CUENTO)

I

En aquella tarde de invierno la llevaron al cementerio.

Iban detrás formando su séquito después de muerta, como lo formaron cuando vivía, ministros, generales, diputados, senadores, ricos estancieros, socios del club Progreso y del Jockey-Club, los poetas que recitaban en las reuniones íntimas, los que fueron su pareja de baile en las grandes fiestas, los periodistas, la *juventud dorada* y en resumen todos sus *numerosos amigos*.

No parecía un entierro; dijérase más bien, que el coche fúnebre era un carro triunfal y que en él llevaban a la reina de la moda, metida en una de esas cajas elegantes en que ella misma había recibido los vestidos «confeccionados» por Worth. Aquello, más que la muerte de una mujer, parecía la apoteosis de la muñeca social.

No había en los carruajes otra seriedad que la del color negro. Los hombres reían en los *landaus* y berlinas, contándose las aventuras galantes que se sabían, los sucesos de actualidad, el último desafío, las pérdidas en el *baccarat* y ruleta, la fuga de dos amantes y la desaparición del cajero de una sociedad de crédito.

De vez en cuando, uno de ellos miraba por los cristales, y al ver en un recodo del camino los caballos empenachados y las molduras doradas del último *tren de lujo*, decía, interrumpiendo el diálogo y lanzando una bocanada de humo de su magnífico veguero:

—¡Pero esa pobre Celia!... ¡Quién lo había de decir!

Y todos callaban un momento como para dejar pasar aquella ráfaga de tristeza que había entrado sin saber cómo, flotando en medio de sus alegres comentarios.

En uno de los coches iba un individuo consagrado a especialísima tarea. A cada momento, asomábase a la portezuela, para contar el número de carruajes que formaban el cortejo, número que anotaba en seguida en su cartera; después dividía esta suma total en dos sumas parciales, contando en una la cantidad de coches propios y en otra los alquilados.

A cada momento exclamaba:

—¡Magnífico!... ¡Brillante!... ¡Muy *chic*!

Era el escritor de las damas, el hombre mimado de la buena sociedad, el revistero de salones, tan conocido por sus *espirituales* crónicas y sueltos de *Vida Social* que firmaba en las grandes solemnidades con el pseudónimo de *Caricato*.

¡Ah! ¡Cuánto sentía él la muerte de Celia!

Perdía con esta desgracia una noche de reunión cada semana, que era tanto como perder una cena y el importe de su reseña *literaria*; perdía también todos los lunes la comida que Celia daba a sus mejores amigos.

Y los *five o'clock* tan numerosos como las pastas que en ellos se servían! ¡Pérdidas irreparables!

Por lo demás, Celia había muerto del más aristocrático modo. Al terminar un vals, y por haber tomado un quesito helado, ofrecido gallantemente por el director del cotillón y saboreado de pie, entre las risas y cuchicheos de sus envidiosas rivales. ¡Una pulmonía!

El cortejo llegó ante las verjas del cementerio.

La caja fué conducida en hombros hasta la capilla, a cuya entrada recibió el cadáver un anciano sacerdote de rostro venerable.

Rezó las oraciones con que la religión católica encomienda a Dios las almas al dar sepultura a los cuerpos, y a una señal suya, destaparon el féretro.

Todos se acercaron para contemplar por última vez aquellas adoradas facciones.

El cadáver vestía hábito del Carmen, y sus manos cruzadas sobre el pecho sostenían el signo de Redención.

—¡El último abanico!—dijo el revistero mirando a su rededor para estudiar el efecto que producía su frase. —Un abanico que tiene el mejor de todos los aires. Aire de santidad.

El sacerdote tomó de manos del acólito un hisopo y roció con él los mortales restos.

—¡Muy *chic*!—comentó el revistero— aquí se recibe a los convidados *perfumándolos* con un *pulverizador* de agua bendita.

Entonces el cura le echó una mirada tan severa, que *Caricato* comprendió cómo, si se empeñaba en inventar una tercera frase, iba a verse amonestado severamente.

Además, las anteriores no habían tenido el acostumbrado éxito. Los rostros estaban serios; imponía a todos la presencia del cadáver. Cuando se volvió a cerrar la caja, hubo como un suspiro de satisfacción en la concurrencia.

Entonces se reanudaron las conversaciones y se observó que había hasta fotografías.

—¡Oh, General! ¡Cuánto tiempo sin verle!

—Adiós, Gustavo, ¿y Herminia?

—La Barrientos cantó como nunca. ¡Qué *Sondambula*!

—Pues sí. El baile se aplaza hasta el lunes.

—¿Y han vuelto ya de Italia?

—Sí. Los dos siguen tan recién casados como antes de marcharse. Es *shocking* quererle de ese modo.

—Se ha portado como un héroe. El desafío era a primera sangre.

—Y ¿qué se hicieron?

—Nada. Un rasguño y una contusión.

—Pues la tiple parece que presenció el combate desde un coche de alquiler.

—Eso dicen; es encantadora... ¡infernall!... Ahora está con un cigarrero.

—¡Qué fumada!

—¿Irás luego a la *rotisserie*?

—Sí. Allí como.
—Iremos juntos.
—Hasta luego....
—Adiós, senador.
—Mi general, hasta la noche.

Y con estos distintos diálogos fuese despidiendo el duelo mientras los sepultureros colocaban el ataúd de Celia en el panteón de la cruz.

Después se alejaron los coches de regreso a Buenos Aires, se ocultó el sol en el límite del horizonte, y quedaron solos, la muerta en su eterna morada y los guardianes del cementerio.

II

Caricato se perdió aquella noche la descripción de una fiesta, que nosotros, más afortunados, vamos a relatar.

Eran las doce y hacía luna. Los mármoles parecían con aquella claridad más blancos, más altos los cipreses y las cruces más imponentes destacándose sobre la yerba.

El silencio vióse turbado de pronto de una manera extraña. Al sonar la última campanada del reloj, oyéronse varios golpes sordos como los que producen los cuerpos pesados al caer sobre la arena: después cruzó por las cruces un aire húmedo como el que sale de las cuevas abiertas, y por fin, sintiéronse pasos, y a par de ellos, ese ruido particular que al removerse unas con otras hacen las fichas de dominó sobre el mármol de las mesas en que se juega. Viéronse correr, como esclavos asustados y perseguidos, los fuegos fatuos que aterran a las viejas y por las sombras de las galerías rozando bóvedas con sus alas torpes huyeron también los murciélagos y las lechuzas.

Un siseo especial, que helaba de terror al escucharlo, se iba acercando al sitio donde se dispersó el duelo de Celia. Era como esas quejas que parece proferir el viento por entre las junturas de las puertas mal cerradas y al mismo tiempo el desgarrador silbido con que pasa el huracán por entre los árboles.

Aparecieron por fin, a la luz de la luna, los esqueletos.

Andaban con trabajo, como quien da los primeros pasos después de un largo reposo, con el vacilante andar de los niños cuando lo aprenden y de los viejos cuando lo olvidan. Sus enormes cráneos pesados y relucientes se sostenían a duras penas sobre las primeras vértebras, y por razón de su peso, las frentes se inclinaban sobre el pecho, y las cuencas de los ojos, parecían mirar sin pupilas, con espanto, como buscando en la tierra la humedad de las lágrimas vertidas por los vivos que habían ido allí a llorar su muerte.

Terminó aquel fatigoso paseo deteniéndose todos delante del panteón en que reposaba la muerta, enterrada aquella tarde.

Un esqueleto se colocó en medio del círculo que formaron sus compañeros, y a una señal suya cayeron al suelo los sudarios, viéndose entonces que cada uno de ellos iba provisto de un instrumento musical.

El que podemos llamar «director de orquesta», colocóse el violín bajo la mandíbula descarnada, mientras los demás preparaban también, éste la guitarra, estotro el cornetín de llaves, aquél la flauta, el de más allá el violoncello y un esqueleto muy blanco y muy pequeño, el de un niño seguramente, empezó a repartir las partituras en cuya primera página se leía:

DANZA MACABRA

Claváronse en la arena, para que sirvieran de atriles, unas cuantas cruces de hierro: de antorchas prestáronse a servir los fuegos fatuos que huyeron cuando los huesos se movían, pero que volvían amorosamente a rodearlos cuando se estuvieron quietos.

A los primeros acordes, la puerta del panteón se abrió empujada por la diminuta mano de Celia, y apoyada en los bordes del féretro, apareció la muerta en cuyo honor se verificaba el concierto.

Sus hermosos ojos continuaban cerrados, como los dejó la piadosa mano amiga, pero en sus labios sin color y yertos, se dibujaba como el recuerdo, como la sombra, de aquella sonrisa con que supo recibir siempre los obsequios de sus adoradores. La muerte que no había podido desfigurar su hermosura, dió a su frente marmórea dureza, a sus mejillas la sublime palidez de la agonía y todo ello realizábase con sus cabellos negros que nadie se atrevió a cortar.

La serenata, que empezó a las doce, fué tan escogida como brillante. Todos los números merecieron los honores de la repetición, sobre todo, en la *segunda parte* agradó en extremo a Celia la música compuesta por el maestro director, cuyo nombre no sabemos, porque el tiempo lo había borrado del epitafio en su sepulcro, música a que se adaptaba perfectamente la letra de *El Miserere* de Núñez de Arce y letra que no se cantó porque los muertos ya sin garganta no tenían voz.

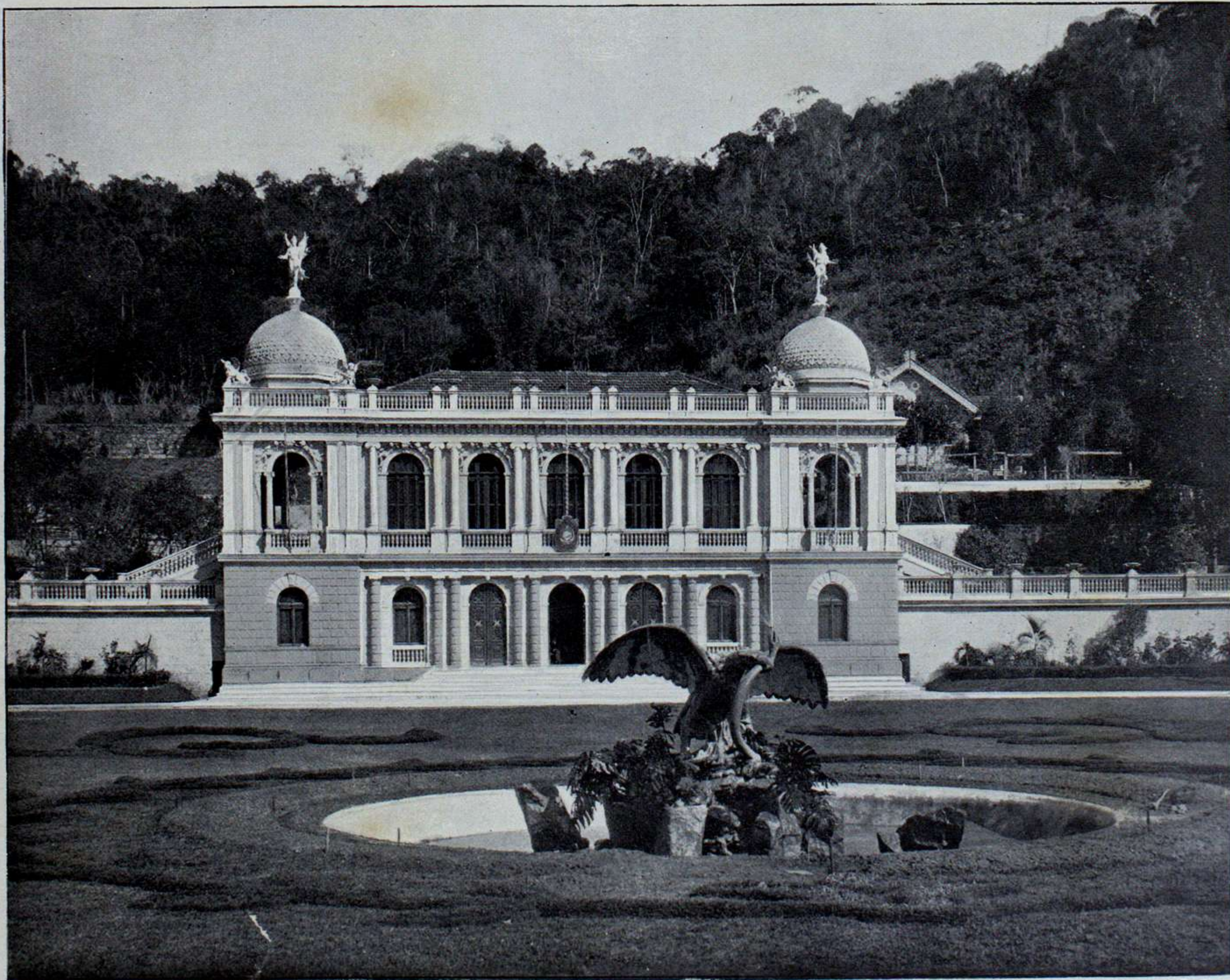
Fuimos las ondas de un río
caudaloso y desbordado;
hoy la fuente se ha secado;
hoy el cauce está vacío.
Ya ¡oh, dios! nuestro poderío
se extingue, se apaga y muere.
¡Miserere!

A la primera claridad del día se terminó la velada, quedando la condesa en extremo complacida del recibimiento que la hacían, al presentarse por primera vez, no «al mundo» sino «al otro mundo.»

Ilustración de A. Eusevi.

EDUARDO LÓPEZ BAGO.

VISTAS SUD-AMERICANAS



BRASIL.—PALACIO MUNICIPAL EN PETRÓPOLIS

MÍSTICA

Sobre su limpia y pudorosa frente, casto regazo de inefable calma, radia como en un cielo transparente la alegría dulcísima de su alma.

Maga deslumbradora, que sublima cuanto ve, cuanto dice y cuanto toca, ¿dónde el arpegio, la gloriosa rima que semeja el arrullo de su boca?

¿Cuál el lampo de luz, áureo y luciente, —del alma día cándido tesoro—

que brille como brillan en su frente en crepascas ondas sus cabellos de oro?

¿Quién al mirar su hechizo primoroso, que mueve al genio á espiritual batalla, no contempla el prestigio milagroso de la hermosura, y se arrodilla y calla?

¿Quién no la admira regia, encantadora, en su gracioso, olímpico desmayo, y para su himno triunfador no implora del fuego excelso el apolíneo rayo?

Para el consuelo bienhechor creada, en el altar de la piedad oficial,

¡pura como la luz de la alborada, exenta de odio y de carnal malicia!

Es la beldad angélica y afable que resplandece en trono de albos resplandores:

¡la sublime deidad de la inefable pasión que arrulla y se desborda en flores!

¡Y sonríe, ideal fascinadora de esperanza y de paz—libre de enojos—

llevando un bello resplandor de aurora de casto amor en sus celestes ojos!

Extraño al loco y pecador estrago, ¡qué fruición tan dulcísima provoca el inocente y pudoroso halago que duerme y sueña en su divina boca!

Al rendirla homenaje de victoria, me pregunto, cautivo en mi desvelo:

Si su amor no es la gloria, ¿qué es la gloria? si su alma no es el cielo, ¿qué es el cielo?

Ante su faz purísima, que brilla espiritual, beatífica y serena,

el alma del poeta se arrodilla.

y al saludarla exclama:—*¡gratia plena!*

RAFAEL DE LOS RÍOS.

CIENCIA Y VIDA

No ha existido hombre tan sabio como el doctor López. Cuanto encierra la ciencia en sus más recónditos archivos le era á él tan familiar como al avaro su tesoro.

¿Qué suceso próximo ó remoto, transcendental ó insignificante, se escapaba á su penetración histórica? Dijérase que había vivido en la edad de piedra; también conocía hasta los más insignificantes pormenores de la existencia antidiluviana. Lo mismo recitaba los nombres de los reyes de las dinastías egipcias, que los niños de nuestras escuelas los de los monarcas visigodos; leía de corrido la escritura cuneiforme y la jeroglífica, la sánscrita y la hebrea; hablaba y escribía en griego como Homero y Tucídides, en latín como Cicerón ó Virgilio, en toscano como Dante, en alemán como Goethe, en inglés como Byron, en francés como Fenelon, en castellano como Cervantes. Su filosofía era el resumen sintético, purgado de todo error y corregido y aumentado, de cuanto han adivinado los más grandes pensadores, desde Platón y Aristóteles hasta Gont, pasando por Santo Tomás, Bacon y Descartes, y desde Hegel hasta Herbert Spencer. La Place, Leverrier y el P. Sechi eran, comparados con él, no más que medianos astrónomos. Sabía cuanto se puede saber, y algo más, de los tres reinos de la naturaleza. Hizo en química no sé cuantos descubrimientos y realizó en mecánica verdaderas maravillas. En su cerebro se encerraban más conocimientos que en la más copiosa biblioteca. No sólo «se había asomado á todas las ciencias», sino que en todas ellas había penetrado, ni más ni menos que Pedro por su casa. Si á alguien podía dársele con verdad el nombre de «Rey de la creación», era á aquel doctor, joven aún, de rostro pálido, de ojos tristes y apagados, frente calva y cuerpo enfermo.

Inútil es decir que en su alma, ocupada toda por la ciencia, jamás hicieron su nido las ilusiones. Trataba siempre de averiguar lo que era la cosa en sí y despreciaba las apariencias; miraba con desdén el arte, que era, según él, una engañosa cobertura. Ni le entusiasmaba la virtud, ni le indignaba el crimen; crímenes y virtudes eran para él simples productos, «como el vitriolo y el azúcar». Ni el héroe merecía premio, ni el delincuente castigo. Nada de amor, nada de repulsión; conformidad pasiva ante todo lo que existe. Lo que es, debe ser; la lógica es la ley del Universo. Los espíritus superficiales se sorprenden del fenómeno porque ignoran sus causas; son como los salvajes, á quienes aterrorizan los eclipses porque ignoran las leyes á que están sometidos los cuerpos celestes. En cambio los hombres superiores de nada se sorprenden, todo lo perdonan porque todo se lo explican.

El doctor López nunca había sido joven; su alma era como las flores prensadas entre las hojas de los libros. En la edad en que otros niños

juegan á la peonza ó al marro, López aprovechaba las horas de recreo en resolver problemas de matemáticas. Pasó los días de su adolescencia en los anfiteatros de medicina, en los laboratorios, en las bibliotecas y en los archivos. Antes de cumplir los diecisiete años publicó obras magistrales, y aún estaba su rostro virgen de la navaja del barbero y había ya derrotado en ruidosa polémica teológica á dos obispos y no sé cuántos doctores.

Desconocía en absoluto los goces del amor; el sentido de esta palabra era una incógnita que nuestro sabio nunca trató de resolver. Casto como un anacoreta, indiferente á la belleza femenil, hubiérase creído que no era hijo de mujer, si no una especie de *homunculus*, fabricado por arte mágico en la retorta de un alquimista.

Tocaba ya en las fronteras de la edad madura, cuando un día...

Fué en lo más frondoso y escondido de un valle, formado por dos altísimas montañas. Recorrió el sabio á fin de comprobar no sé qué datos geológicos. Apenas le interesaba el hermoso paisaje que ante sus ojos se extendía. La contemplación desinteresada de lo bello es una de las formas del amor, y nada que al amor se semejase había en el corazón de López. ¿Qué le importaba á él la nieve virginal de las cumbres lejanas, ni el verde esmeralda de los valles, ni los alegres caseríos diseminados por las laderas, ni los giros caprichosos del agua que, espumosa y con ruido, bajaba hasta lo más hondo del valle, saltando de Peña en Peña?

Lo que le tenía absorto y como en éxtasis eran unos cuantos pedruscos, que sin duda debían de revelar hondas secretos prehistóricos.

De repente, al levantar la vista, vió surgir en la desembocadura de una cañada una mujer de deslumbrante hermosura. Podría tener hasta veinte años; rasgados y negros eran sus ojos, oscuros y abundantes los cabellos, encendida como fresa madura la boca y morenas y aterciopeladas las mejillas. Las bien contorneadas caderas, el alto y duro pecho y el nacimiento de la pierna revelaban en ella la mujer de seno feudo destinada por Dios á ser manantial de innumerables existencias sanas y fuertes.

El sabio, al verla, dejó caer las piedras que un momento antes ocupaban toda su atención. Un estremecimiento para él desconocido circuló como corriente eléctrica por todas las fibras de su ser. Ella, por su parte, le miraba con desdeñosa curiosidad. La diferencia entre ambos, aparte del sexo, no podía ser mayor: ella era la juventud, la salud, la fuerza, la personificación de la alegría de vivir; él, la imagen de la decadencia física; ella parecía el comienzo de una raza; él, el vástago raquítico de una generación agotada.

La joven, después de mirar breves instantes al sabio, le volvió la espalda y emprendió de nuevo su camino al través del valle.

—¡Detente!—gritó el hombre.

—¿Qué quieres?—dijo parándose la hermosa.

El doctor López vaciló un momento; circulaba por sus venas extraño fuego; nueva vida invadía todo su ser y le pareció que una nueva primavera habría brotado de repente en torno suyo.

—Oyeme—siguió con voz temblorosa.—Yo estaba ciego; te he visto y la luz se ha hecho en mi alma. Tú, que eres la causa de lo que pasa en mí, dime, dime, ¿qué es este deslumbramiento de mis ojos, este fuego que me quema el corazón, esta sed de mirarte?... ¿Es esto amor?

La joven lanzó una burlona carcajada, que los montes lejanos repitieron.

—¡Oh, si, esto es amor!—repitió el sabio.

—¿Amor? No... Tú no puedes sentirlo. Tus ojos están apagados, tu frente se inclina hacia la tierra. Pobre sangre debe ser la que circula por tus venas. ¿Cómo sostendrías con tus débiles brazos á la mujer amada para salvar con ella los precipicios de esos montes? ¿Cómo la defenderías? ¡Si tú conocieras al amado de mi corazón! Pregunta en los caseríos de esos valles: alto como los pinos de las cumbres, recio como los robles de estas laderas. De fuego son sus ojos y mieles destilan sus labios. ¿Quién le aventaja en la carrera? ¿Quién derriba á los toros bravos con mayor brío? A su lado, aunque la tempestad remueva esos peñascos y el vendaval doble como cañas las encinas y el lobo aulle entre los matorrales, yo duermo tranquila.

—Escucha. Hay una fuerza mil veces más poderosa que la fuerza de los brazos: la fuerza de la inteligencia. Me crees débil; te engañas. Con sólo quererlo yo, verías volar esas peñas hechas pedazos; con el agua que corre tranquila por ese cauce puedo hacer maravillas que te colmarían de asombro. Cuanto existe me obedece. Con mi mano, que tú crees tan débil, sujeto yo los rayos del cielo.

—Vete.

—En mi alma hay tesoros de ternura que tú desconoces. Te descubriré mundos de ideas y mundos de sentimientos. Yo te explicaré en virtud de qué misterio te deleita el aroma de las flores.

—Me basta con disfrutar de su perfume.

—Te haré leer en el cielo azul como en un libro de clara escritura.

—Me basta con que las estrellas brillen en mis noches de amor.

—Te mostraré cuantos tesoros encierran la tierra y el mar.

—¿Y qué me importan á mi esos tesoros? ¿Por ventura has logrado tú con ellos impedir que los cabellos huyan de tu frente, que tus ojos pierdan su brillo, que tu cuerpo se consuma? Mirate en el agua de ese arroyo... ¡Tu ciencia, tu sabiduría!... Guárdatelas y déjame en mi ignorancia... Vete, tu mundo no es éste.

—¡Te amo!—gritó el sabio extendiendo los brazos hacia la joven.

Miróle ella con supremo desprecio. Después lanzó un grito de gozo. Es él... Y ligera como una corza fué á juntarse con un montañés, joven y hermoso, que la esperaba en lo alto de una Peña...

Y la enamorada pareja se alejó lentamente mirando de cuando en cuando, con lástima burlona, al pobre sabio que, después de un largo rato de penosa meditación, lanzó un suspiro y recogió los pedruscos que había dejado caer en la orilla del arroyo, cuyas aguas parecían estremerse de gozo por haber tenido entre sus cristales la imagen de la hermosura.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

A TRAVÉS DE SUD-AMÉRICA

La expedición de Pando.—Por el derrotero de la ruina.—El espíritu de Don Quijote.—Reparación de las desconfinanzas.

Las disquisiciones doctorales no caben ya en ciertos asuntos manoseados al exceso, y que, sin embargo, permanecen con sus caracteres de actualidad palpitante en las relaciones internacionales de Sud-América.

La cuestión del Acre, por ejemplo, se encuentra en ese caso, y menester sería, para tratarla, una pluma retozona, antes bien que la grave disertación del hombre versado en malandanzas de cancillerías.

Acre y por demás está resultando el litigio. Los gobiernos de Bolivia y Brasil lo tramitan pacíficamente, pero eso no obsta á que el general Pando dirija en persona una expedición contra el territorio actualmente ocupado por los revolucionarios.

Singular es en demasía esto de que un Presidente de la República se lance en una aventura bélica, en tanto que el territorio á cuya conquista marcha, es objeto de controversias meramente diplomáticas. Si á ello se agregan las disensiones intestinas en el gobierno boliviano, á consecuencia del mismo suceso, la referida singularidad aumenta de volumen.

Las privaciones del ejército en marcha, la inclemencia del clima, la mala organización militar de la expedición y las perspectivas sombrías que se extienden más allá de las selvas septentrionales de Bolivia, constituyen tal vez los menores peligros á que somete el magistrado en cuestión á sus entusiastas compatriotas.

Todas las censuras son pocas. Las complicaciones internacionales, los conflictos interiores y el debilitamiento de la fuerza armada, forman de por sí, en la emergencia, un triple peso de errores que agobiara al pobre pueblo sobre el que ya han menudeado profundas y dolorosas desgracias.

Quizá se viera en esta loca aventura un aspecto poético capaz de cautivar los ánimos contaminados por vetustos romanticismos. Un bardo autóctono, con la tradicional y quejumbrosa *quena*, podría cantar las desgarradoras escenas de un ejército extraviado en los bosques, diezmado por las pestes, moribundo... Y el alma boliviana estallaría en sollozos al compás del melancólico instrumento indígena.

Pero la poesía de un desastre, la queja amarga de una Polonia americana, por bella que sea á los espíritus enfermizos, subleva el criterio de las personas sensatas, cuando ella emana de la torpeza ó del orgullo. Y el caso es ese: un Presidente torpe ó orgulloso se precipita ciego sobre un imaginario trapo rojo, sin notar la treta del hábil enemigo que le ofrece facilidades para embestir al vacío.

¿Quién dijo lirismo?

Hablaremos un poco de la doctrina de Monroe y de Don Quijote de la Mancha, el valiente hidalgo manchego amigo de los oprimidos, así fueran Ginesillo de Pasamonte ó la sin par Martines.

En un telegrama procedente de Londres, se decía hace algunos días que el gobierno argentino se dirigió por intermedio de su plenipotenciario en Washington al presidente yanqui, pidiéndole declaraciones expresas sobre la fórmula «América para los americanos». Esa petición

GALLETITAS FINAS
"FAMILIA"
FABRICA: "LA UNION" CUYO 2235

respondía al objeto de proteger las naciones de nuestro continente, contra los procederes inicuos de Europa, puestos de relieve en los sucesos de Venezuela.

Esta información explica el por qué el buen Don Alonso Quijano figura en compañía de Monroe. Y huelga agregar que el Quijote es la República Argentina.

Quieras que no, el personaje cervantesco irradian vivísima simpatía por la intención que impulsan todos sus nobles actos, y si bien los lances terminan en desairadas realidades, la moral se

MISIONES

LAS COLONIAS EXÓTICAS

Desde hace muy pocos años, la vida vuelve a palpar sobre los escombros de las imponentes ruinas jesuíticas de Misiones, después de un siglo y medio de letargo en la sombra de los bosques, perfumados de azahares y orquídeas. A sus pies, empiezan a nacer y levantarse risueñas poblaciones y ceden su lugar los campos desiertos de antaño a las tierras labradas y ricas plan-

nitivamente destruido a los principios del siglo XIX, durante los dos sitios sostenidos contra el ejército brasileño.

Sepultado bajo sus escombros, permaneció en el olvido por más de un siglo, y en el seno de su frondosa selva, al abrigo de sus desplomados muros, buscaban amparo los malhechores y bandidos de las tres repúblicas vecinas. Las hazañas criminales crearon a aquellos vetustos muros una lúgubre aureola, llenando de terror al viajero que se aventuraba a atravesar aquella comarca.

Tal fué la fama de Apóstoles, cuando en 1897 unas diecisiete familias polacas llegaron a Misiones y fueron instaladas cerca de las ruinas del mismo nombre por el Gobernador del Territorio, Don Juan J. Lanusse y bajo su amparo.

Este funcionario, penetrándose de su misión, quiso abrir para Misiones el camino al progreso y civilización.

La inmigración en todos tiempos ha sido su precursor. Así lo entendió el señor Lanusse, y a los nuevos colonos los acogió con cariño, dispensándoles su protección, su interés y un gran celo por su seguridad y garantía.

Habiendo estudiado de cerca este exótico elemento, supo apreciar sus cualidades y energías.

Al mismo tiempo que funcionario, ha sido un padre para ellos. Este fué el secreto que le valió la confianza de la nueva inmigración, y su corriente, sin desviar el rumbo, se dirige directamente a Misiones.

En menos de cuatro años, el número de los colonos llegó a cinco mil, constituyendo, además de Apóstoles, los centros agrícolas de Azara, San José y Concepción.

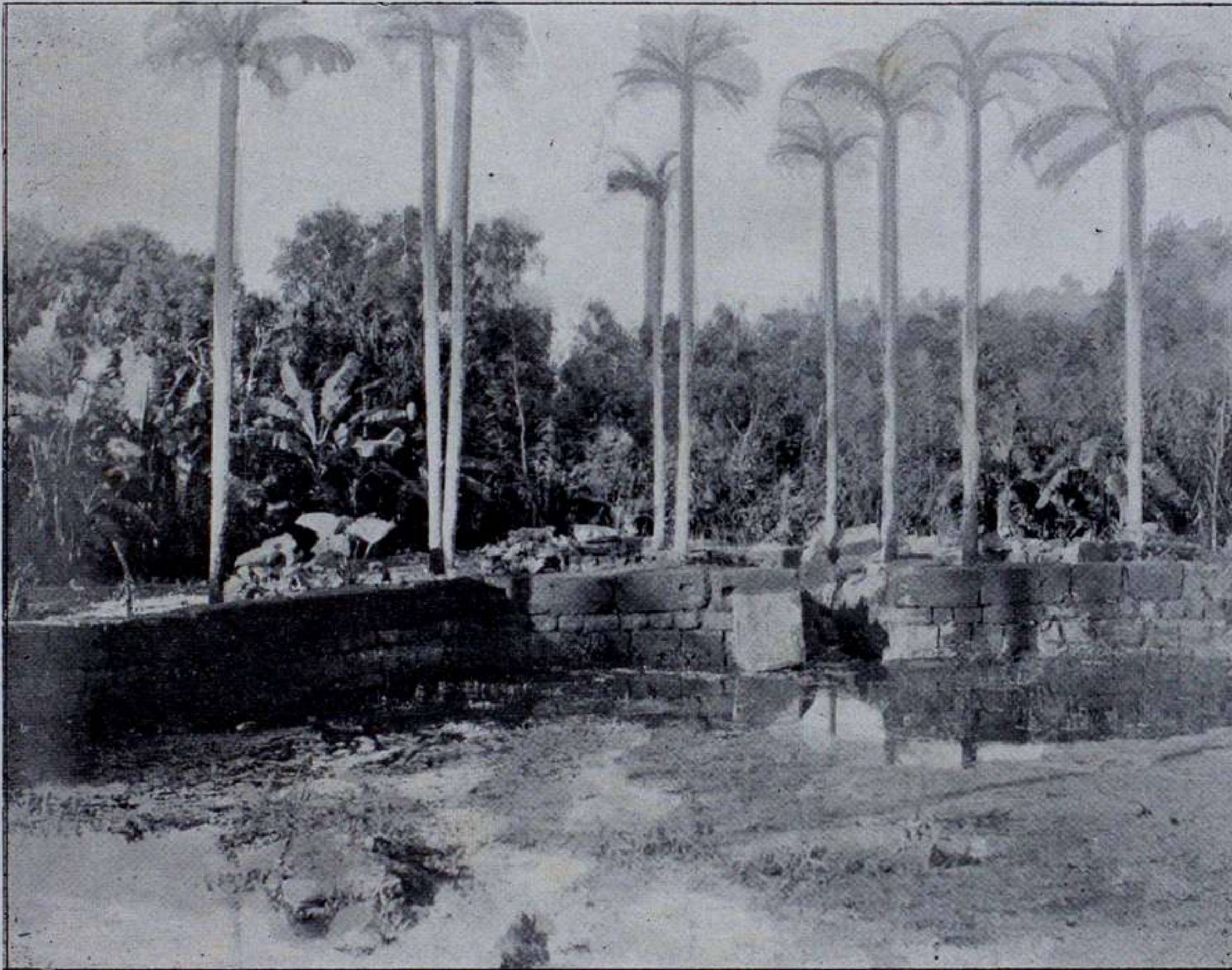
De la administración de estas colonias, como también de su organización, estuvo encargado don José de Bialostocki, celoso colaborador del señor Lanusse en esta obra útil.

La relación de la administración con los colonos ha tenido un carácter patriarcal, cuyos resultados han sido muy satisfactorios. Desde la fundación de las colonias, no se conoce ni un solo pleito ni un solo crimen; todas las desidencias se resuelven amistosamente como si fuera en una gran familia.

Aunque los colonos conservan todavía sus trajes vistosos y pintorescos, sus costumbres y fiestas, sin excluir el estilo de las cosas y sus característicos carros, la emancipación se produce lenta y normalmente y su asimilación con el elemento local no tardará en realizarse. Son gente laboriosa; no hacen caso del sol, ni de la intemperie cuando trabajan.

Se dedican con preferencia a la cultura del

EN LA COLONIA APÓSTOLES (MISIONES)



RUINAS DEL BAÑO DE LOS JESUITAS

enaltece aureolando la faz del caballero de la Triste Figura.

El práctico imperialismo de la fórmula monroísta, rechaza a gritos la quirotada argentina. Sin embargo, algo de los perdidos ideales caballerescos obligan al aplauso, por la generosa intención que supone nuestra patria, al pedir una represa contra la invasión europea.

Si la América es para los americanos, ¿no sería justo afirmar el principio en su recto sentido, declarándolo durante los momentos peligrosos? ¿Que quién nos mete a nosotros, se dirá? Pues la solidaridad americana, el espíritu de raza, el amor al oprimido... y también la remota amenaza cernida sobre nuestras cabezas.

Razonando friamente, el gobierno argentino se ha metido en camisa de once varas con muy poca diplomacia y muchísimo lirismo. Pero todo no ha de ser hielo en las naciones. Alguna vez debe correr fuego dentro de esos organismos sociales para recalentar los ideales agonizantes. Sin calor no hay movimiento y sin movimiento no hay progreso.

¡Otra vez la prédica del recelo!

Francamente, irritan esas advertencias pesimistas de una prensa temerosa y suspicaz, a la caza del funesto presagio.

Mientras se prepara en Chile el envío de un buque de guerra a aguas argentinas, para corresponder a la visita que selló los pactos, se recibe en esta capital el siguiente telegrama, al parecer insignificante:

«Santiago, Marzo 8.—*La Ley* protesta por el desarme del acorazado «Capitán Prat» y por las ventas de las nuevas naves en construcción. Estima dicho diario que con esto se desvanecen las garantías de la posición internacional de Chile, por la disminución de su poderío».

Eso es sencillamente ridículo. No disminuye el poderío de Chile, ni se desvanece garantía alguna, sino que se cumple lealmente lo convenido.

¿A qué renovar las viejas querellas, tan luego cuando un viento de bonanza transporta el eco de simpáticas saluciones?

Digase entonces que los tratados son letra muerta, que la paz es una quimera, que la confraternidad americana es un mito. Y siendo así, el órgano de publicidad chileno a que nos referimos, debería por pura lógica borrar su título, *La Ley*, pues con el criterio de que hace gala su nombre significaría *El Engaño*.

A. M.



EL GOBERNADOR SR. J. J. LANUSSE CON SU ESPOSA VISITANDO A LOS COLONOS

taciones animadas por la vida del trabajo, traída a aquel fecundo suelo por un elemento nuevo, oriundo de las riberas del Vístula, exótico, robusto, sencillo y laborioso.

Las más características de estas poblaciones son indudablemente las colonias polacas de Apóstoles y Azara.

La primera, una antigua Reducción jesuítica, situada a una distancia de siete leguas de la costa del Uruguay, fué fundada por los jesuitas en 1632.

Este pueblo, cuyas majestuosas ruinas atestiguan su antigua importancia, decayó después de la expulsión de la Orden de Loyola y fué de-

maíz, porotos, mandioca, arroz, caña de azúcar y algodón.

Existen tres escuelas nacionales en la localidad, en las que la nueva generación aprende el idioma nacional con gran afán y una facilidad extraordinaria.

La población aumenta rápidamente; en el año último se anotaron 240 nacimientos.

El estado de estas colonias es enteramente satisfactorio: emancipadas de los subsidios del Gobierno, todos los colonos han pedido a éste sus títulos, y todos sin excepción han pagado el primer vencimiento que tuvo lugar en este año.

R. NÚÑEZ.

SERENATA

La calle está desierta; la noche, fría; velada por las nubes pasa la luna; arriba está cerrada la celosía, y las notas vibrantes, una por una suenan, cuando los dedos fuertes y ágiles, mientras la voz que canta ternuras narra, hacen que vibren las cuerdas frágiles, de la guitarra.

* *

La calle está desierta; la noche, fría; una nube borrosa tapó la luna; arriba está cerrada la celosía y se apagan las notas una por una. Tal vez la serenata con su ruido busca un alma de niña que ama y espera, como buscan canales donde hacer nido las golondrinas pardas en primavera.

* *

La calle está desierta; la noche, fría; en un espacio claro brilló la luna; arriba ya está abierta la celosía y se apagan las notas una por una. El cantor con los dedos fuertes y ágiles, de la vieja ventana se asió á la barra y dan como un gemido las cuerdas frágiles de la guitarra.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

La Primera Guardia de Roustan

Los mamelucos se habían rendido.

Aquella caballería famosa, tenida por invencible como la infantería del gran Federico, tuvo también su Valmy. Su fama se fundió bajo el sol de las Pirámides y las fulgurantes miradas de aquel á quien los árabes llamaban con terror respetuoso: *Sultán Kebir, Sultán del fuego*.

Bonaparte entró en el Cairo triunfante por la puerta de las victorias. *Bab el Nasr*. El cheique El Bekri, venerado descendiente del profeta, le ofreció un soberbio corcel, magníficamente enjaezado, y con él, al esclavo joven que lo llevaba de las riendas.



No obstante los orientalismos de su naturaleza y de sus inclinaciones y gustos, Napoleón tenía en más á los hombres que á los caballos. Su mirada de águila, rápidamente contempló al animal de pura sangre, y quedó fija en el hijo del desierto. También era éste un hermoso ejemplar de la raza, con su tez bronceada, sus blancos dientes y sus ojos que brillaban como dos diamantes negros. Su nerviosa mano jugaba con un puñal ricamente damasquinado que llevaba al cinto y permanecía impasible ante el brillante Estado Mayor que rodeaba al General en Jefe.

—¿Tu nombre?—le preguntó éste con breve entonación.

—Roustan.

—¿Dónde está tu padre?

—Junto á Alah.

—¿Cómo murió?

—Como un valiente.

—¡Bien!—exclamó en tono de aprobación Bonaparte satisfecho por este laconismo. El cheique te ha hecho mío. ¿Qué te parece este nuevo amo?

—Pequeño—contestó el mancebo, midiendo con la vista, y no sin cierto desdén, la corta estatura del vencedor en las Pirámides.

Esta opinión más sincera que halagadora y que era la de la mayoría de los Orientales, provocó la risa ruidosa de los generales Kleber y Dumas, dos colosos, rubio el uno, y el otro... negro.

Bonaparte sonrió.

—¿Preferirías sin duda un amo como éstos? Pero es posible que no te quisieran.

—¡A fe mía, no!—protestó el gigante alsaciano, agitando su rubia melena. Este morito no me inspira simpatía y no sería yo quien confiara á su puñal la custodia de mi vida ni de mi bolsa.

—En cuanto á mi declaró negligentemente aquel á quien los austríacos apellidaron *Schwartz-Teufel, el diablo Negro*.—no temo á este muñeco, ni á su arma de juguete, pero le tengo miedo á los cólicos, y el pícaro sería capaz de envenenarme.

—Es el hijo de un soldado, no de un asesino, objetó con frialdad el General en Jefe. Además, «lo que está escrito, está escrito» como dicen los creyentes, y escrito estaba sin duda, Roustan, que quedés á mi servicio.

El joven había escuchado esta discusión, sin que se moviera un solo músculo de su bronceado rostro; pero al oír esta decisión, un fugitivo relámpago brilló en sus pupilas y repitió gravemente:

—¡Estaba escrito!

Al salir de la tienda paternal, á la que el padre ya no había de volver, Roustan estaba resuelto á matar á Bonaparte.

Ávido de venganza, fanatizado por las fogosas predicaciones que más tarde deberían armar contra Kleber, el brazo de Soliman, habíase jurado ser el libertador del Oriente, aplastado bajo el peso de aquel á quien se imaginaba como una especie de Malek-Rek (Ricardo Corazón de León), con el cual, evocando su nombre, las madres sarracenas, asustaban en otro tiempo á sus hijos.

Haciendo el sacrificio de su vida con la estoica resignación del fatalista, sólo tuvo una idea, un fin único: llegar, cerca del general en jefe, y herirle en el corazón, aun cuando estuviere rodeado de una guardia tan numerosa como las arenas del Sahara, aunque estuviera dotado de una fuerza tan terrible como la del *León del Desierto*, cuyo nombre llevaba.

... ¡Y ahora, el único guardián era él!

Estaba solo delante de aquel Corso, raquítico y pálido, cuya estatura apenas sobrepasaba la suya... y cuyos pasos conmovían el mundo.

A la verdad que la obra era demasiado fácil... No le parecía adversario digno de él, y experimentaba la decepción del cazador que al perseguir á un feroz jabalí, se encuentra con una inofensiva liebre.

—¿Cómo! ¿Era aquel hombre el que había vencido en las Pirámides? ¿El *Sultán Kebir*, cuya visión amenazadora y grandiosa, perturbaba los sueños de los camelleros?

Envuelto en su albornoz, tendido de través en la puerta, el hijo del desierto miraba al Hombre del destino.

Bonaparte dormía, fiado en él... y en su estrella. Y esta confianza paralizaba el brazo del feroz asesino.

¡Sin embargo, lo había jurado!...

Avergonzado de su debilidad, desechando violentamente la laxitud que enervaba su voluntad, se levantó sin hacer ruido y lentamente, fijos los ojos en el durmiente, se acercó á la cama de campaña aquella, que después de haber servido para el reposo de los cansados miembros de Napoleón, desde las orillas del Arno hasta las del Nilo, desde las montañas de Iberia hasta las nevadas cumbres del Beresina, debía terminar, ¡miserable fin de las cosas terrenas! expuesta en el Museo Grevin.

Bonaparte seguía durmiendo.



Conteniendo el aliento, Roustan, puñal en mano, se inclinó hacia aquella cabeza de César romano, cuyo sueño parecía el de un dios.

De pronto, se detuvo asustado.

Los párpados se levantaron: Bonaparte le miraba.

Mirábale con esa mirada dominadora del domador antela fiera, con esa mirada que debía aterrorizar á los reyes y hacer retroceder á la muerte.

Y Roustan retrocedió.

En vano trataba de vencer aquel terror loco, irracional, quimérico, que le hacía temblar, robusto y armado, ante un hombre débil y sin armas.

¡Era irresistible!

Deslumbrados sus ojos, bajó la vista á pesar suyo, y el brazo inerte cayó uniéndose á su cuerpo: el acero que convulsivamente apretaba entre sus crispados dedos le cortó la carne sin que lo sintiera, y algunas gotas de sangre mancharon sus ropas.

—¿Te has cortado?—dijo friamente Bonaparte. Con su mismo pañuelo, vendó la mano del man-

cebo inmóvil y mudo; luego despidiéndole con un ademán afable:

—Vete á dormir, y no vuelvas á tener malos sueños.

Y volviéndose hacia la pared, reanudó su interrumpido descanso.

Obediente como un autómatas, Roustan volvió á su puesto, pero á pesar del mandato del amo, no pudo dormir.

Terribles visiones conturbaban su cerebro, lleno de fúnebres imágenes, y á pesar de su estoicismo, preguntábase ansiosamente á qué terrible castigo le someterían.

—¿Sería empalado? ¿Fusilado? ¿Decapitado?

Esto último le parecía lo más aterrador. ¿Cómo el ángel Azrael podría llevarle al paraíso, agarrándole de la famosa trenza, consagrada á este fin, por todos los buenos musulmanes?

La idea de enternecer á Bonaparte ó la de huir, ni siquiera las tuvo.

El raquítico Corso tomaba á sus ojos proporciones sobrehumanas y no pensaba en desasirse de aquella mano poderosa, en la que estaba como el pajarillo presa del buitres.

Y resignado, repetía mentalmente:

—¡Estaba escrito!

Al amanecer, Kleber y Dumas, movidos por un vago presentimiento, fueron al encuentro del General en Jefe.

—Dispénsenos, general: estábamos intranquilos por su temeraria confianza en este galopin...

—Gracias, señores, pero el puñal que deba matarme aún no se ha fabricado... y el del pobre Roustan, á él solo le ha hecho daño. Lo apretaba con tanto afán para defender mi puerta, que al dormirse se cortó los dedos.

Roustan, acurrucado y silencioso en un rincón, no parpadeó al oír esta magnánima explicación: pero cuando se encontró sólo con su amo, se inclinó ante él, al modo oriental, y dijo sencillamente:

—¡Sultán Kebir, eres grande!

Y este elogio, salido del alma del



hijo del desierto, lisonjeó más al vencedor en las Pirámides que la frase de Kleber.

—General, es usted grande como el mundo!

Roustan, no se separó ya de Bonaparte, general, cónsul, emperador. En Malmaison, en las Tullerías, y en los campamentos, siempre el fiel Mameluco, se acostaba de través á la puerta, como un perro.

¡Pero sin tener malos sueños!

De los tres generales que pudieron haber sido sus amos, Kleber, que desconfiaba de su puñal, cayó bajo el de otro fanático, y Dumas, que temía el veneno, sucumbió envenenado en las prisiones del Rey de Nápoles.

Sólo Bonaparte, sin temer ninguno de estos asesinatos, debía morir hermosamente... si es que puede llamarse á «Santa Helena» una muerte hermosa.

¡Estaba escrito!

Dibujos de Redondo.

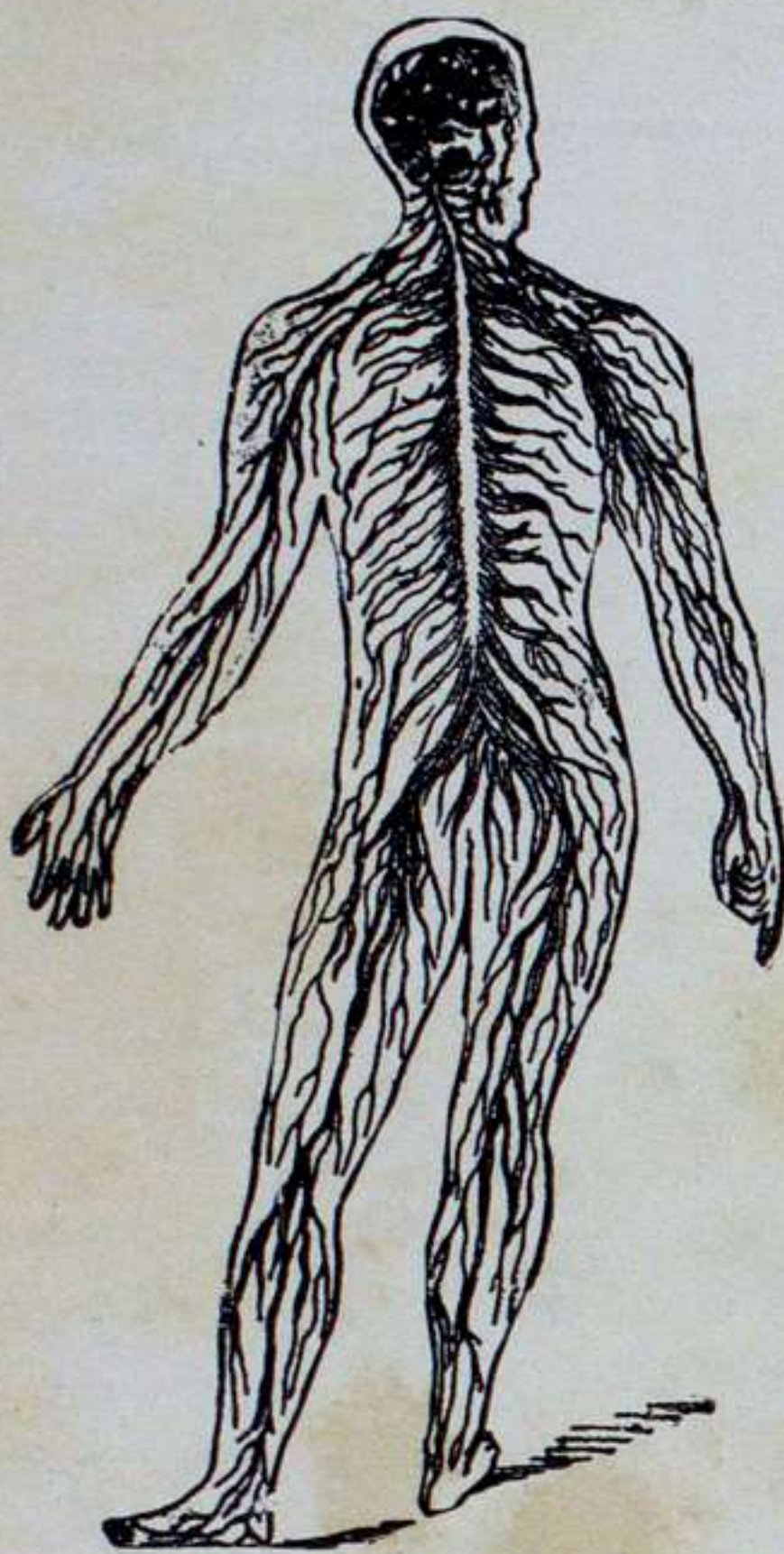
ARTURO DOURLIAC.

TEATROS

POLITEAMA.—En esta crónica, era de rigor conceder el primer puesto al teatro de la Ópera y dar comienzo á nuestra reseña, de la manera más grata, porque es lo más agradable para todos prodigar elogios. Pero esto sucedía en otros tiempos cuando realmente la empresa, mostrándose afanosa por corresponder á las preferencias del público, y tratándolo con el respeto que le es debido, procuraba justificar, por su parte, el rango aristocrático con que se designaba á este coliseo, contratando también á los primeros artistas, á los aristócratas del *bel canto*.

Hoy, ese primer puesto, en buena justicia ya no le pertenece. Confió demasiado en la indulgencia con que se toleraron en un principio sus ineficaces desidias. Casi llegó á creer (si vamos á sacar deducciones de su conducta), ignorancia del público tanta bondad, y en la penitencia del abuso, dejando por innecesaria y costosa la contrata de lo que por ser bueno es caro, formó sus elencos, eligiendo á lo sumo, uno ó dos cantantes dignos de este calificativo y to-

REUMATISMO CURADO EN 15 DIAS!



El caso más agudo se alivia con unas cuantas horas con usar nuestra FAJA ELÉCTRICA SAMSON.

¿Por qué seguir sufriendo?

Nuestro Electro SAMSON no es un juguete. Es una batería electro-galvánica perfeccionada. Su corriente suave y vitalizadora satura todo el sistema nervioso atrayendo alivio al que sufre. Venga y pruebe usted mismo este gran aparato.

TODAS LAS CONSULTAS SON GRATIS

Si no puede venir personalmente, mande buscar nuestra obra

"VITALIDAD"

Es una obra científica que debe ser leída tanto por los fuertes como por los débiles.

Corte este aviso, ponga su nombre y dirección, mándelo a nuestro consultorio, y a vuelta de correo recibirá el libro gratis y el porte pago.

Nombre.....

Dirección.....

Al Gerente de:

La Compañía Inglesa de Fajas Eléctricas
BOLIVAR 292 — BUENOS AIRES

mando los demás «á bulto cerrado», como se dice en lenguaje mercantil, sin aminorar por ello el exorbitante precio del abono.

La espiación, como era lógico, no ha tardado en venir á castigar estos desmanes. Los espectadores de buen oído é inteligencia musical, ofendidos en estas dos cualidades que los distinguen, y cada vez entre nosotros más numerosos, acogían con siseos, frialdad y desagrado aquellas *estrellas* y *luceros*, astros de primera magnitud, con brillo no propio, sino prestado en las grandes letras del cartel, y la deserción lenta al principio, en esta temporada ya vertiginosa, se inició en cuanto otro empresario, inteligente, activo y ganoso de conquistar honra con el provecho, sin buscar competencias y solicitando sólo hacer la campaña exigida ya por el público, de rehabilitación para el arte, se lanzó á la palestra, abriendo las puertas del espacioso Politeama á cuantos quisieran oír buena música y hermosas voces, no á precios exorbitantes, sino á los que se deben pagar y son bastantes para realizar razonable ganancia.

Bernabei triunfa, y á fe que pocos éxitos pueden tener mayor justificación y ser más legítimos. La temporada próxima se prepara más brillante aún que la anterior, porque es ya inmejorable la calidad de los elementos reunidos para conseguir tal resultado.

El maestro Mascheroni, cuya batuta sabe recoger, conducir y guiar prodigiosa, bajo la disciplina del compás, ejércitos de la orquesta, volverá á escuchar en el Politeama, más nutridos aplausos que le prodigarán... las mismas manos que le aplaudían en la Opera. Y no sólo como director, sino como compositor, ha de recibir también merecida y grande ovación, pues entre las novedades más importantes del repertorio, figura este año el estreno de su drama lírico en tres actos *Lorenza*, cuyo libreto es de Luis Illica, obra que obtuvo gran éxito en Italia. Emma Carelli, la soprano lírico-dramática, la bien amada del dilettantismo, volverá á pagar con sus hermosas notas, su delicado sentimiento del arte, y su poderoso dominio escénico, esta deuda de cariño que retribuye con regia prodigalidad de gran artista. Carmen Bonaplata, soprano dramática, cuyo debut esperamos con esa fiebre de curiosidad que inspira lo bueno no conocido y de que se sabe por la fama que ha llegado hasta nosotros acerca de sus notables facultades. La mezzo-soprano contralto Alice Cucini, otra hermosa desertora de la Opera, que se acoge á la bandera del Politeama, y que recientemente ha cantado en el Teatro Imperial de Viena. Fiorello Giraud, también viene como tenor lírico, buscando unir aquí los laureles que recoja, á los que ha sabido conquistar en el San Carlo de Lisboa. Arturo Franceschini, tenor dramático de no menores méritos, y el barítono Mario Sanmarco, á quien dos años hace, en la Opera, oímos y aplaudimos, y que durante esta ausencia, ha logrado grandes triunfos en el Municipal de Odessa, el Liceo de Barcelona y el Regio de Roma.

Y al lado de éstos, un verdadero núcleo de artistas que pueden sumarse con ellos como sus pares; Enrico Mosco y Achille Pulcini, barítonos; Giuseppe de Grazia y Ettore Ciccolini, bajos; Maria Annini, mezzo-soprano, y la soprano ligera Lina Longone.

La orquesta la formarán 70 profesores, la mayor parte de los que todos los años formaban la de la Opera, y el cuerpo de baile consta de 18 bailarinas. Coro de 60 voces, que ha de resultar con afinaciones á que no estábamos ya acostumbrados.

Un extenso repertorio compuesto de lo más escogido entre las obras clásicas y modernas, tales como Ugonotti, Tosca, Africana, Fedora, Aida, Ma-

Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECOBRADA CON

La Leche Antefélica ó Leche Candés.

Esta preparación, cuyo invento se remonta al año 1849, debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medical atemperada por proporciones rigurosamente determinadas y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

1.º DOSIS BENIGNA

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (Véase la manera de emplearse), la *La Leche Antefélica ó Leche Candés* es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entretiene los poros libres; depura, tonifica y fortifica insensiblemente los músculos de la cara, conjurando de este modo, retrasando ó borrando las arrugas; destruye los granos sin repercutirlos; disipa el solano, la rubicundez, las eflorescencias farináceas y furfuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinado con un tratamiento interno, restituye el color natural á los rostros barrosos; precave generalmente en los adultos (rara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante; conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

2.º DOSIS ESTIMULANTE

Empleada en esta dosis, es decir, en estado puro ó mezclada con igual cantidad de agua (según la delicadeza de la epidermis), la

Leche antefélica ó Leche Candés destruye las efélides y el lentigo, manchitas redondas y rojizas que suelen salir en el cutis.

Bajo la influencia de estas lociones, ha escrito un sabio doctor, sobreviene escoror y un fuerte sentimiento de tensión, acompañado de una ligera tumescencia local; poco después la epidermis, que adquiere un color pardo subido, se seca y se produce una descañación bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrían.

Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, la repetimos) es enérgico, su eficacia es soberana.

Tales son las propiedades cosméticas—afirmadas por observaciones medicas y consagradas por largos años de experiencia—que desde 1849 han extendido por el mundo entero el uso de la *Leche antefélica* contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

MANERA DE EMPLEARSE SEGÚN LOS CASOS

I. DOSIS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR.—Agitar el frasco hasta que el líquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.º, una ó dos veces otro tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.º, dos ó tres veces otro tanto contra la solana, las arrugas prematuras, los granos, las rugosidades, grietas, eflorescencias farináceas ó furfuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.º, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empapar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de lavarse.

II. DOSIS ESTIMULANTE contra las PECAS ó LENTIGO.—Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de *Leche* vertida en un platillo una cantidad igual de agua, dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la *Leche* en estado puro, y se humedece, sin frotar, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previstas y siempre sin gravedad—1.º escoror más ó menos vivo; 2.º ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión,—haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel, momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento), blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.



La FOSFATINA FALIERES es el alimento más agradable y el mas recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos, previene ó paraliza los defectos en el desarrollo del niño, impide la diarrea tan frecuente en las criaturas.

PARIS, 6, AVENUE VICTORIA en todas Farmacias, Droguerías y principales Casas de Importación.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

ALMERIA

TOS CONVULSA y toda clase de toses en la infancia
Se curan con el maravilloso jarabe **ANTIFERINA**
PREPARADO PURAMENTE VEGETAL
VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS Y EN CASA DE SUS AGENTES
BERNET Y FALCO — Corrientes 716 — BUENOS AIRES

non, Ebreá, Iris, Profeta, Boheme, Gioconda, Cavalleria, Pagliaci, Mefistofele Sansone e Dalila, Trovatore, Norma, Ballo in Maschera, Carmen, Andrea Chenier, Ernani y Lohengrin.

No pueden, pues, ofrecerse al público, por parte de la empresa del Politeama, mayores pruebas del respeto que merece, ni de la gratitud con que es noble corresponder a las predilecciones con que ha distinguido a Bernabei en las temporadas anteriores.

OPERA.—Mientras que todo es claridad y resplandece con brillo de verdad y corrección en la anterior reseña, en la que a la Opera debemos dedicar, no encuentra el análisis crítico nada más que confusión y nebulosidades. Nadie conoce todavía el elenco de artistas, de un modo cierto y definitivo. La empresa reanuda este año labor parecida a la que viene emprendiendo los anteriores. Es una propaganda vaga, indecisa, llena de contradicciones y en que fácilmente se descubren a cada instante, redes tendidas a los incautos. Así, por ejemplo, trasmite a los diarios la noticia de que el señor Bonetti telegrafía desde San Petersburgo dando cuenta de haber contratado a la eminente «soprano dramática» Medea Mey, del Teatro Imperial, y de como este señor Bonetti estuvo en Rusia, para oír la antes de contratarla. Pues bien, forzoso será reconocer que el señor Bonetti en aquellos climas fríos ha perdido el oído, pues la señora Mey (no confundir con los cuellos y puños económicos del mismo apellido) no es conocida como eminencia, ni como tal soprano dramática, sino que en realidad no pasa de ser una mezzosoprano, buena a lo sumo para cantar la parte del paje en «Los Hugonotes» como lo ha hecho ya varias veces, obteniendo lo que los franceses llaman *un succès d'estime*. Y todo es así; el tenor Florencio Constantino, tampoco pasa de la categoría de los estimables. El bajo Arimondi, empieza ahora, y también trae la reputación de Rusia. El baritono De Luca tiene veinte años y está igualmente formándose, y Rosina Storchio, que ha cantado «Zazá» en Milán con Garbin, es más actriz que cantante, y actriz a la francesa, una especie de Rejane... con notas.

Y con todos estos sueltos, publicados por complacencias periodísticas y lanzados como *ballons d'essai*, la empresa nos demuestra que insiste en su propósito de hinchar perros, como el loco cervantesco, creyendo fácil la tarea de hacernos comulgar con ruedas de molino.

Entre tanto, el retraimiento del público es lo cierto y positivo, y tanto es así, que la empresa todavía no se ha atrevido a abrir el abono de costumbre y en la fecha usual, dando por pretexto... que, como el año pasado (en que empezó el fracaso), difería esto, en razón a hallarse todavía ausentes casi todos los abonados.

Ausentes de Buenos Aires, ya van quedando muy pocos; de la Opera van siendo muchos, los que no regresarán a tan costosas y mal atendidas localidades.

SAN MARTÍN.—Reanuda sus funciones en este teatro la compañía de zarzuela española, de que es empresaria y artista Araceli D'Aponte, y que dirige el bajo señor Subirá.

Buenos y hasta excelentes recuerdos dejó de su anterior campaña, y estamos seguros de que nuevos lauros ha de poder agregar en ésta, a los que recogió con tan merecida justicia.

Al escribirse esta crónica, se anuncia el debut con la preciosa zarzuela «El Dominó Azul».

MAYO.—El estreno de mayor agrado para el público, durante la quincena, ha sido el de la comedia en un acto titulada «Ceno con mi madre» en la cual, con una honradez literaria que no todos imitan, el autor señor Granés, declara que su obra está inspirada en un cuento francés.

Nada quita esto al mérito de su trabajo, realmente realizado con el esmero de quien tanta maestría y práctica tiene en la literatura dramática. Lola Membribes supo salir airosa de las dificultades de su papel de protagonista, y Carrasco estuvo discreto y acertado, como cuando quiere olvidar los desastres en que no sabemos porque afán del aplauso «de paraíso» incurre en otras ocasiones.

Los demás actores secundaron bien el trabajo de estos que son los principales personajes.

NOTAS

En nuestro número 237, correspondiente al 15 de Noviembre del año próximo pasado, publicamos una página de *Bellezas chilenas*, entre las que figuraba un retrato con el nombre de Sra. D. W. Infante, siendo así que el verdadero nombre de la distinguida chilena objeto de esta nota es el de la señorita Blanca Pepper Van Buren.

Con gusto hacemos la rectificación de este cambio de nombres, debido, sin duda alguna, a un error de corrección.

Hemos recibido la *Memoria del Conservatorio de Música de Buenos Aires* correspondiente al año de 1902, en la que se da cuenta de los exámenes, concursos y conciertos celebrados durante el expresado año por el establecimiento que tan inteligentemente dirige el maestro Williams.

Agradecemos el envío.

También ha llegado a nuestra mesa de redacción, y acusamos gustosos recibo de ella, la *Memoria e Informe de la Comisión Directiva de la Sala de Comercio Once de Septiembre* presentada en la Asamblea del 12 del corriente y en la que se da cuenta detallada de los trabajos administrativos del periodo de 1902 a 1903.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
Empobrecimiento de la Sangre
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD
EXIGER LA SIGNATURE

APROBADAS por la ACADEMIA DE MEDICINA

PILULES de BLANCARD
al YODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE DE LAS FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Siete MEDALLAS de ORO

Quina-Laroche
ELIXIR VINOSO
que contiene todos los principios de las tres Quinas.

El QUINA-LAROCHE es de un sabor agradable y muy superior a todos los demás Vinos y Jarabes de Quina.

Se emplea en los casos de:

Males de Estómago,
Falta de Fuerzas,
Convalecencias, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE FERRUGINOSO
Contra la Anemia, Clorosis,
Consecuencias del Parto etc.

QUINA-LAROCHE FOSFATADO
Contra el Linfatismo,
la Escrófula,
los Infartos de los Ganglios, etc.

DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS
PARIS, 20, Rue des Fossés-Saint-Jacques.